En Pizarro, Ana (org.).
América Latina. Palabra, Literatura e Cultura
São Paulo, Memorial, 1994.

Buenos Aires, cosmopolitismo y modernidad.
(Foto de Horacio Coppola)

Entre los posibles hilos conductores para definir la literatura latinoamericana, perfilándola en el marco de otras experiencias literarias y culturales, el examen de los fenómenos de religación es uno de los productivos: analizar los lazos efectivos condensados de muy diversos modos a lo largo de la historia, más allá de las fronteras nacionales y de sus propios centros, atendiendo a un entramado que privilegia ciertas metrópolis, determinados textos y figuras, que operan como parámetros globalizantes, como agentes de integración[1]. Anudando detalles y vertebrando encuentros, lecturas, correspondencia — múltiples vínculos, en fin — el estudio de la religación intenta contribuir a la respuesta de cómo se fue constituyendo y fortaleciendo esa amalgama que subyace en la construcción del objeto que denominamos literatura latinoamericana. La articulación de un legado, el cruce de lecturas o la interiorización de modelos propios supone el soporte de un grano menudo, un envés de la urdimbre concretado en religaciones variadas, a veces de patente vigor, pero con frecuencia de una discreción que impone el rastreo cuidadoso.

El tema de nuestro trabajo serán los fenómenos de religación entre 1880 y 1916, aproximadamente. Período significativo desde esa óptica pues resulta difícil indicar en él procesos literarios muy separados o de neta asincronía, o supeditar su sentido a un desarrollo mayor, social o político. Momento de aglutinamiento y de notable plenitud, en el que se comienzan a superar las manifestaciones literarias más o menos aisladas para organizarse una literatura con sistemas diferentes y con variada intercomunicación a nivel continental entre ellos; momento que atiende a la recuperación y actualización de textos del pasado — orales y escritos —, a la reflexión historiográfica y crítica, apuntando además a un intenso esfuerzo de puesta al día con la literatura occidental contemporánea, en la que busca conquistar espacio propio. Momento también de gestación de la autonomía del discurso literario y de un mercado moderno[2]. En general, los lazos entre textos y autores no dependen de circunstancias ajenas al campo específico, aunque los favorezcan actividades típicas del escritor de estos años — el periodismo, la

1 Cf. PIZARRO, Ana (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: CEAL, 1985.

2 "Debe reconocerse a los escritores de la modernización el rango de fundadores de la autonomía literaria latinoamericana [...]. En el mismo tiempo en que surgen las primeras historias de las literaturas nacionales, vinculando el pasado colonial con los años de la independencia y fijando fronteras frecuentemente artificiales con las literaturas de los países vecinos, la intercomunicación y la integración en el marco literario occidental, instauran la novedad de un sistema literario latinoamericano que, aunque débilmente trazado en la época, dependiendo todavía de pulsiones externas, no haría sino desarrollarse en las décadas posteriores" (RAMA, Ángel. La modernidad literaria latinoamericana (1870-1910). *Hispamérica*, 36, p. 9, 1983).

diplomacia, etc. Los vínculos no descansan ya en unos pocos nombres — Bello, Sarmiento — sino que por debajo de las grandes figuras, ahora bastante numerosas (Martí, Darío, Rodó, Silva, Ugarte, etc.) se producen múltiples contactos a través de diarios y revistas, del mutuo envío de obras, de reuniones en congresos, en redacciones, en los cafés... Los letrados encaran su experiencia singular, y nacional — mexicana, colombiana —, desde una dimensión mayor que las contiene y que empieza a reconocer modelos propios. Tal perspectiva es hispanoamericana: los vínculos con Brasil son aún escasos y no se presiente una pertenencia común con el Caribe no hispanohablante.

Es este un momento de coalescencia[3] que obedece, en buena medida, al desarrollo del modernismo, movimiento generalizado y hegemónico en toda Hispanoamérica y con importante incidencia en España. A esto se agrega el hecho de que muchos de sus actores — Martí, Darío, Gómez Carrillo, etc. — vivieran casi siempre fuera de su país y cumplieran en los diferentes centros en que se hallaban una intensa y sostenida interacción personal con otros americanos.

Esta particular aptitud religadora de los modernistas estimuló respuestas creativas renovadoras e impulsó el espíritu de cofradía que caracteriza al movimiento. También se consolida un grupo numeroso de intelectuales de nuevo cuño en los que prevalecen sentimientos de pertenencia y perspectivas latinoamericanas. Los análisis y reflexiones de Ugarte, Rodó, García Calderón, Blanco Fombona o Justo Sierra, aun si encaran cuestiones locales, se suelen colocar en el ámbito totalizador del continente.

Las ideas de unidad[4] se fortalecen ante la conciencia de amenaza que encarna Estados Unidos hacia fin de siglo: la guerra en Cuba y Puerto Rico en 1898, la creación del Estado de Panamá (1902), las conferencias panamericanas (1889/1890, 1901, 1910) o los sucesivos desembarcos de marines (en Cuba, Honduras, Nicaragua, Santo Domingo...) jalonan un proyecto de hegemonía percibido por Martí, Ugarte, etc., quienes alertaron sobre el imperialismo como fenómeno universal y concurrieron a conformar corrientes de oposición[5].

Los abruptos cambios que acarrean la modernización y la modernidad en América Latina contribuyen a pergeñar respuestas literarias y culturales similares

3 Aludimos al concepto expuesto por Antonio Candido en PIZARRO, op. cit., p. 64.

4 Se vuelven habituales formulaciones como ésta de Rodó: "La producción de la intelectualidad americana es hoy muy vasta y compleja para que ella pueda ser, en cualquiera de sus manifestaciones, fielmente representada en las páginas de una publicación que no se modele en un plan extraordinario. Pero cada una de las que dan voz y reflejo a las parcialidades nacionales de nuestra literatura pueden contribuir por el espíritu de propaganda y por los medios de comunicación facilitados entre ellas, a la obra de unificación literaria que tendría su expresión ideal en un *Repertorio Americano* del presente". Texto de 1896 para conmemorar el primer aniversario de la revista *América*. Apud ENGLEKIRK, J. La literatura y la revista literaria en Hispanoamérica. Registro complementario. *Revista Iberoamericana*, 55, p. 10-1, 1963.

5 Véase, entre otros: REAL DE AZÚA, C. Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo. In: ZEA, Leopoldo (comp.). *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI, 1986, p. 270-99.

en los distintos centros. Revisaremos brevemente esos hechos deslizando siempre las coincidencias hacia los vínculos, hacia las religaciones concretadas en el período.

"De gorja son y rapidez los tiempos"

(José Martí, "Amor de ciudad grande")

Hacia 1880 América Latina se incorpora de lleno al mercado capitalista mundial. Un nuevo orden neocolonial se establece con las metrópolis europeas, a las que se suma Estados Unidos, que en un comienzo patentiza su peso en el Caribe y en Centroamérica. Si bien funcionan ya integrados los Estados nacionales (a consecuencia del desalojo de las poblaciones indígenas en extensos territorios: Argentina, 1880; Chile, 1883), no se han liquidado las revoluciones armadas ni los resabios de guerras civiles, nuestra "Facultad de Estudios Clásicos", según Barba Jacob, y perviven los conflictos entre países — el más relevante, la Guerra del Pacífico, concluye en 1883 con pérdidas de territorio para Perú y de la salida al mar para Bolivia.

La exportación de materias primas agropecuarias y de minerales, y la importación de manufacturas y maquinarias constituyen las bases del nuevo pacto económico, con su secuela de ingerencia del capital extranjero, de crisis y endeudamientos, concesiones de tierra y minas, conformación de enclaves. Desde los cultivos tropicales al guano, salitre y estaño, la lana y la carne congelada hasta el inicio de la explotación petrolera, los productos se supeditan a los centros compradores, que dirigen el proceso fijando demanda y precios e impulsando la puesta en valor de nuevas regiones. La dinámica modernizadora provoca múltiples transformaciones, notables en los litorales y áreas productoras. La conmoción desencadenada por el progreso material y la eclosión de una riqueza no conocida antes profundizan las diferencias entre las zonas de acelerado avance y las rezagadas, tanto a nivel continental como nacional[6].

Los textos de entonces tematizan profusamente los contrastes: *A la costa* (1904) de Luis A. Martínez articula los avatares de una modernidad que conjuga dramáticamente el futuro promisorio y la muerte, a partir de la oposición entre la arcaica Quito, burocrática y clerical, y Guayaquil, que lidera

6 Dada la peculiar topografía americana, las dificultades geográficas inciden todavía mucho en el aislamiento y el atraso. En *El oficio del lector* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, s.f., p. 129) Sanín Cano recuerda que "Antioquia estaba, hasta la época de los transportes aéreos, no menos aislada en Colombia. En Rionegro [...] entre sus doce o trece mil habitantes, habría a lo sumo diez personas de quienes se supiera que habían estado en la capital de la República. La prensa de la capital no era conocida sino de una o dos personas suscriptas al *Diario de Cundinamarca*".

la prosperidad de las haciendas de tierra caliente[7]. La influencia de algunas ciudades, con rango de cosmópolis modernas, excede los límites nacionales convirtiéndolas en puntos reiterados de comparación y ejemplo, y para nuestros intereses, en polos de religación continentales. Miguel Cané señala las diferencias entre la aún provinciana Bogotá de 1882 y la pujante Buenos Aires de donde viene:

> En los primeros días me creí transportado a la España de Cervantes. Las calles estrechas y rectas...; las casas bajas y de tejas, con balcones de madera que aún se ven en nuestra Córdoba... El sereno que enciende los faroles, oscuridad, alguna serenata... Id a dar una serenata en Buenos Aires, bajo la luz eléctrica, en medio de un millar de transeúntes y en combinación con las cornetas de los tranvías![8]

Aislamiento y atmósfera de ahogo para la actividad intelectual y artística fueron los rasgos de muchas ciudades donde pasaron su infancia y adolescencia un buen número de letrados; emprendieron entonces el abandono, típico de la modernidad, del "pequeño mundo", en busca de otros horizontes, estimulados por las promesas de contacto con lo nuevo, que afluía a los centros más avanzados. Así partieron Darío, González Martínez, etc., afrontando la aventura con su carga de anonimato y desarraigo, de ilusiones, de proyección y de éxito. Vivencias claves de la universalización de experiencias culturales; "unificación del mundo", que vuelve semejantes los problemas del hombre en la vida moderna, y en nuestro caso del escritor, que compartirá no la "influencia" o el reflejo de procesos o textos extraños, sino los conflictos, las presiones y los deseos del artista y del intelectual de los distintos ámbitos de Occidente. La puesta en escena de este marco cosmopolita permite diseñar la flexión propia, americana, esa que, con insistencia, se pretendía reducir a tópicos convencionales americanos, encerrándola en una "eterna silva a la agricultura de la zona tórrida"[9].

El nuevo tráfico exige transportes y comunicaciones modernos. Se tienden miles de kilómetros de vías férreas[10], con altos costos sin duda para la inde-

7 "Estaba [...] en la Capital de la Costa, en la ciudad soñada por todos los desheredados de la esquiva fortuna; estaba en la tierra donde tantos otros como él habían llegado llenos de esperanzas en busca de pan, huyendo de la estéril Sierra, y encontraron sólo la muerte o una lucha desesperada y abrumadora" (MARTÍNEZ, Luis A. *A la costa*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959, p. 189).

8 Cané demora un mes en alcanzar Bogotá desde Caracas. Desde aquí viaja a La Guaira en coche — antes de la inauguración del ferrocarril entre ambos puntos —, de allí en barco a Puerto Cabello, luego en tren a Barranquilla, donde embarca por el Magdalena. El resto del viaje lo hace en mula y a caballo. Estos datos muestran la importancia de los cambios en comunicación y transportes que trajo la modernización en América Latina, dada su extensión y su topografía, como antes señalamos; tales cambios son la base material indispensable para las interrelaciones culturales y literarias. La cita de *En viaje* corresponde al capítulo 13.

9 Véase GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. *Modernismo*. Barcelona: Montesinos, 1983.

10 El ferrocarril trasandino entre Chile y Argentina, la vía interoceánica entre Puerto San José en el Pacífico y Puerto Barrios en el Atlántico (1878-1890), el ferrocarril entre Puerto Cabello y Valencia (1888) en Venezuela. En 1900 la red mexicana conecta, con sus 13.715 km de vías, las principales ciudades del país.

pendencia nacional[11]; pero los cambios promovidos por las "profecías de la industria" — así las llamó Lastarria — pronto fueron moneda corriente de lo cotidiano: dieron título a periódicos — *La Locomotora* de Guatemala o *El Ferrocarril* de Chile —, se convirtieron en temas de canciones — *La rielera* de México a fines de siglo — o en agentes del desplazamiento narrativo como en *Los parientes ricos* (1902) de Rafael Delgado — el ferrocarril entre Pluviosilla (Orizaba) y Ciudad de México —, entre tantas otras, proveyendo un nuevo espacio ficcional — "Nada en quince minutos", de Eduardo Wilde, por ejemplo.

Una fisonomía heterogénea y abigarrada caracteriza a las ciudades y puertos involucrados activamente en el comercio. El aumento demográfico es notable: los 664.000 habitantes de Buenos Aires (1895) ascienden a 1.300.000 en 1914, año en que ingresan a Argentina 1.750.000 extranjeros, de los cuales se queda el 50%. Los inmigrantes representan por entonces el 30% de la población total del país. En 1900 São Paulo incrementa a 240.000 los 64.000 habitantes que poseía en 1890. La Habana tiene 236.000 habitantes en 1899 y México 345.000 al año siguiente. Montevideo concentra, con sus 268.000 habitantes, el 28,7% de la población uruguaya. Se fundan además ciudades planificadas (Belo Horizonte, 1897; La Plata, 1882), se crean y remodelan puertos — Buenos Aires inaugura una parte de su nueva estructura en 1889 y Montevideo lo hace en 1909. En mayor o menor medida asombra el ajetreo de los puertos de Rosario, Veracruz o Valparaíso. Este último, adonde llega Darío en 1886, cuando ya tenía 100.000 habitantes, aparecía así en 1877:

> es, sin duda alguna, una ciudad completamente europea. ¡Qué movimiento de vapores y de buques!... ¡Qué actividad en las calles y plazas donde continuamente se ven cruzar coches, carretones y tranvías!... Sus almacenes espaciosos, elegantes y muy variados, y su población compuesta de chilenos, ingleses, alemanes, franceses, yanquis, sudamericanos, españoles, portugueses y chinos. La vida, el comercio, la actividad reina en este puerto, emporio del Pacífico meridional[12].

El acelerado desarrollo urbano prevalece en las capitales que unen la intermediación comercial y la función burocrática. Amplían su perímetro urbano (Buenos Aires lo duplica), incorporan o remodelan barrios (el Barrio Norte en Buenos Aires o la aristocrática Colonia Juárez en México), se abren avenidas, se ensanchan calles y se pavimenta. Se rediseñan plazas y paseos — el de la Reforma, centro elegante del México finisecular, o el cerro de Santa Lucía, urbanizado en Santiago de Chile a partir de 1872. Los nuevos jardines y bulevares dan el tono de las ciudades modernas, atentas a las modas europeas. Edificios públicos, clubes

11 La construcción del ferrocarril Madeira—Mamoré fue parte de la concesión del Alto Acre (1903) de Bolivia a Brasil.

12 AGUILAR, Federico C. *Colombia: en presencia de las Repúblicas Hispano-Americanas*. Bogotá: Impr. de Ignacio Borda, 1884, p. 138.

y cafés, como mansiones y teatros (el Colón de Buenos Aires se inaugura en 1908), confunden a menudo elegancia con derroche, imitación y acumulación de estilos. Los edificios de varios pisos[13], las tiendas repletas de mercancías importadas también peculiarizan a estas ciudades, cuya actividad se asienta en las comodidades de los recién inaugurados servicios públicos[14].

Entre los cambios cualitativos provocados por la modernización se destaca el aumento considerable de las fuentes de trabajo, que promovió la inmigración europea, sobre todo en el Cono Sur, y la migración interna. Las pretensiones cosmopolitas imprimieron un aire común a la vida urbana latinoamericana[15], perceptible incluso en ciudades marginadas, en las que se hacían aún más palpables los contrastes con las costumbres antiguas: Luis E. Valcárcel recuerda el Cuzco de su infancia, con sus 19.825 habitantes en 1912 — de los cuales más de 10.000 hablaban sólo quechua — que, alumbrado a querosene y sin servicios públicos, consumía productos extranjeros, como los que su padre incorpora a su almacén: "champagne Clicot, cervezas alemanas, jamones ingleses y los delicados *potages* conservados en vasijas de vidrio provenientes de Italia y Francia"[16].

Culmina además la secularización iniciada por los liberales — leyes de matrimonio civil, cementerios, enseñanza laica — que dio pie a fuertes polémicas sobre el rol de la Iglesia respecto al Estado. La reforma educativa se implementa a los fines de aportar los empleados y técnicos requeridos por las transformaciones económicas y administrativas en marcha. Se generalizan las controversias sobre los objetivos y alcances de la educación, en las que concurren no sólo los criterios divergentes de liberales y conservadores, sino sobre todo los de los positivistas. La confianza en la capacidad transformadora de la educación incluye la demanda de arbitrar a la construcción de una democracia y una cultura modernas, sin exclusión de ideas ni sectores sociales. Reclama Martí:

13 En 1887 Buenos Aires tenía 436 edificios de tres pisos; en 1910 eran 3.252 los de más de dos pisos. Los ascensores se empiezan a instalar en 1898.

14 El alumbrado eléctrico es un hecho en México en 1898 y en 1900 ya se tendieron 70.000 km de líneas telefónicas en todo el país. El teléfono se instala en Santiago de Chile en 1880 y la luz eléctrica a comienzos de siglo. Pronto llega el tranvía, el automóvil y el transporte colectivo. Los transportes contribuyen a diseñar la ciudad con sus recorridos, promoviendo el surgimiento de barrios suburbanos, como en Buenos Aires; cf. SCOBIE, James R. *Buenos Aires, del centro a los barrios. 1870-1910*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1977.

15 "Como en Buenos Aires y Ciudad de México otras áreas urbanas reflejaban en distinto grado el bienestar social del momento y la pasión por el cosmopolitismo. El modesto empleado de cuello duro de Valparaíso o Santiago, por ejemplo, podía adoptar la pipa y el tweed de los muchos británicos que dirigían las importantes industrias carbonífera y náutica de Chile; mientras el más voluble joven típicamente 'latino' de Caracas o Lima, caía naturalmente en el estereotipo del boulevardier parisino [...]". STABB, Martín D. *América Latina en busca de una identidad*. Caracas: Monte Ávila, 1969, p. 15.

16 VALCÁRCEL, Luis E. *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1981, p. 118.

> Una [...] educación práctica, no meramente universitaria y verbosa [...]. Puesto que allí donde los hombres no tienen un seguro modo honesto de ganarse el pan, no hay esperanzas de que se afirmen las libertades públicas[17].

La educación era también reaseguro de la nacionalidad ante la amenaza extranjera — inmigrantes, allí donde la inmigración era alta; o la cercanía de los Estados Unidos. Justo Sierra, responsable de buena parte de la reforma educativa mexicana, busca persuadir a Limantour, ministro de Hacienda de Porfirio Díaz, de la necesidad de fomentar la educación como sustento de la identidad nacional:

> Los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración, y el actual comercio, todo nos liga y nos subordina en gran parte al extranjero. Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos a través de todo nosotros mismos, y de crecer y desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecería a la sombra de otras infinitamente más vigorosas [...]. Sólo la educación y nada más que ella puede hacerlo[18].

Los planteos sobre la educación coinciden en los problemas y en el modo de plantear las discusiones, pero además suele vérsela desde perspectivas latinoamericanas. Por otra parte, educadores de un país suelen trabajar en otros, como ocurre con Martí y Hostos[19]. Los Estados, en mayor o menor medida, crean escuelas primarias y secundarias, se atiende a la formación de maestros y profesores, se fundan universidades y facultades, se introducen nuevas disciplinas[20]. Argentina, Uruguay y Chile cumplieron con más eficacia la alfabetización proyectada, mien-

17 Cf. MARTÍ, José. *Obras completas*. La Habana: Editora Nacional, 1963-1965, v. 8, p. 278. Sostiene en 1865 José P. Varela, encargado de la reforma educativa uruguaya (1876-1879): "No necesitamos poblaciones excesivas; lo que necesitamos es poblaciones ilustradas. El día en que nuestros gauchos supieran leer y escribir, supieran pensar, nuestras convulsiones políticas desaparecerían quizá. Es por medio de la educación del pueblo que hemos de llegar a la paz, al progreso y a la extinción de los gauchos [...]. La ilustración del pueblo es la verdadera locomotora del progreso y base de la democracia" (Apud ARDAO, Arturo. *Etapas de la inteligencia uruguaya*. Montevideo: Universidad de la República, 1968, p. 115).

18 SIENA, Justo. *Obras completas*. México: UNAM, v. 14, p. 357.

19 Hostos va a Chile en 1889 llamado por el gobierno para colaborar en la reforma de la enseñanza; allí, como en otros países hispanoamericanos, activa el apoyo a Cuba; será elegido director honorario de la Sociedad Unión Americana (1896).

20 Unos pocos ejemplos. En 1887 se crea la Facultad de Matemática en Uruguay y se promulga la ley de creación de la Facultad de Agronomía y Veterinaria en Argentina (1889). En México se funda la Escuela de Altos Estudios (1910), origen de Filosofía y Letras. Esta facultad se crea en 1896 en Buenos Aires; Ricardo Rojas asume la cátedra de Literatura Argentina en 1912. En 1910 se organiza la Universidad de México, se fundan las de Potosí y Oruro (1892), La Plata (1897), Zulia y Valencia (1890), y Puerto Rico (1903).

tras en los demás Estados sigue predominando el analfabetismo, sobre todo en las áreas rurales, donde se concentra, además, la población no hispanohablante[21].

La sociología, la psicología, la lingüística y otras nuevas especialidades empiezan a enseñarse en las universidades, propiciadas generalmente por intelectuales de perfil diferente al tradicional; ellos se preocupan por encarar estudios histórico-sociales nacionales y americanos desde los postulados de tales disciplinas — Francisco Bulnes, José Ingenieros, etc. Activan y modifican el campo cultural la fundación y organización de instituciones científicas y artísticas — museos, archivos, institutos, etc.—, que editan sus revistas especializadas. Tal actividad vehiculiza de un modo realmente nuevo los contactos del mundo científico y cultural hispanoamericano, concretando una religación activa a través de las publicaciones, congresos y otros encuentros[22] en el continente o en el extranjero[23], que posibilitan intercambios de ideas sobre la función del conocimiento en la sociedad americana.

En los medios universitarios, el descontento estudiantil por la enseñanza y los profesores promueve, aún lentamente, la movilización que culminará con la Reforma Universitaria, de alcance continental, que estalla en Argentina en 1918. Las cuestiones estudiantiles promueven reuniones[24] a nivel hispanoamericano, que cooperan a esta trama de vínculos en el campo universitario y científico que venimos enunciando. En esta transformación cultural interesan por su significado los avances en la arqueología y la antropología americanas, concretadas en investigaciones y trabajos de campo, en publicaciones e intercambios con los especialistas hispanoamericanos y extranjeros[25]. La atención al legado precolombino se intensifica y amplía con exposiciones, ediciones de documentos y códices, congresos internacionales. En 1895, el Congreso de Americanistas, que se celebraba ya hacía dos décadas, elige a la ciudad de México como sede. Todos estos hechos ocurren en un período en que los intelectuales se plantean, desde distintas perspectivas por cierto, la significación y el lugar que en la sociedad y en la cultura nacional o hispanoamericana tienen el legado y el presente concreto de las civilizaciones nativas. La labor de un número ya significativo de especialistas — Uhle, Seler, Valcárcel, Jaime Tello o Gamio —, así como el descubrimiento hecho por Bingham en 1911 de Machu Picchu, amplía la incipiente conciencia respecto de estas cuestiones, incluso a nivel oficial, problematizada tanto por la vigencia de las tesis positivistas como por los reclamos reivindicativos de indígenas y mestizos — que trataremos luego —, en los que participan algunos intelectuales. Desde nuestra perspectiva de religación, interesan tales actividades porque contribuyen a visualizar los lazos culturales que conforman áreas americanas específicas.

21 En Santiago de Chile hay un 17% de alfabetos en 1865, la cifra sube al 50% en 1920. En Argentina los analfabetos suman el 77% en 1869, y bajan a 53,5% y a 32,8% en 1914. El Censo General de Educación da, para 1909, menos del 4% de niños en edad escolar en Buenos Aires. En México el analfabetismo representa el 79% de la población de 1910. En 1935 apenas el 10% de los habitantes saben leer en Venezuela. Sergio Ramírez da un 94% de analfabetismo para Centroamérica en 1892 (cf. *Centroamérica hoy*. México: Siglo XXI, 1975, p. 330).

22 Cuando Ingenieros viaja, vía Pacífico, en 1915, al Congreso Panamericano de Washington, participa en reuniones con intelectuales de los distintos centros hispanoamericanos por donde pasa.

23 En Buenos Aires se celebra el Primer Congreso Científico Latinoamericano en 1898.

24 El primer congreso, convocado por universitarios uruguayos, se realiza en Montevideo en 1908; el segundo, en Buenos Aires, dos años después. En 1912 triunfan en el concurso continental para la creación de la canción del estudiante el poeta peruano José Gálvez y el músico chileno Enrique Soto.

25 En 1877 se fundan en Buenos Aires el Museo Antropológico y Arqueológico y en 1906 el Museo Etnográfico. A fines de siglo, Max Uhle inicia la investigación arqueológica sistemática en Perú, a la que se suman otros especialistas extranjeros y peruanos — Valcárcel, Tello. Estudios similares se producen en otros países, en los cuales a veces trabajan expertos de otras áreas. Manuel Gamio, por ejemplo, participa de la expedición arqueológica al Ecuador dirigida por M. H. Saville. En México se dictan cursos de arqueología desde 1877 en el Museo Nacional, se realizan exploraciones de yacimientos a partir de los años 1890, se crean las cátedras de Antropología (1903) y la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana (1910), dirigida sucesivamente por Seler, Boas y Gamio.

En materia educativa importa tanto la diversificación cuanto la ampliación de la enseñanza, los cambios en los modos de acceso y en las concepciones de la cultura. El periodismo, los libros de reducido precio que llegan de España y los que comienzan a editarse en América, junto con la radio y el cine[26], son los medios que ya conforman un incipiente mercado masivo. Las bibliotecas nacionales aumentan y reorganizan sus fondos, editan a veces sus catálogos (*Vigil*, en la de México) y sus propias revistas (*La Biblioteca*, dirigida por Groussac, en la de Buenos Aires). Se fundan también bibliotecas universitarias y especializadas, y se multiplican las populares, por la acción oficial o de centros políticos y gremiales. Entre éstas mencionaremos por su importancia las creadas por el Partido Socialista argentino — las Bibliotecas del Pueblo — desde 1897[27]. Este crecimiento y diversidad, es obvio, colaboró con la circulación de obras hispanoamericanas en los diferentes países; los fondos bibliográficos, acumulados en algunas bibliotecas de centros importantes, fueron básicos para el conocimiento de la producción literaria de estos años.

Agrupaciones formales e informales, y distintos sectores sociales promueven una actividad cultural diferenciada[28], que atiende a la instrucción, a la lectura o al entretenimiento de los sectores que emergen con la modernización; presentan propuestas alternativas a los contenidos y modalidades de información. Recordemos entre ellas la constitución del Ateneo de la Juventud en México (1909), integrado por Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Pedro Henríquez

26 La reconstrucción del fondo bibliográfico de la Biblioteca Nacional de Lima, destruido durante la ocupación chilena, es llevada a cabo por Ricardo Palma a través de una nutrida correspondencia con personalidades latinoamericanas, solicitando material en donación. Estas cartas son uno de los numerosos ejemplos recordables de esa religación casi silenciosa que ya varias veces anotamos entre los letrados latinoamericanos.

27 *El Cojo Ilustrado* anuncia en su número 34 (1893) la apertura de la Biblioteca Obreros del Porvenir, con 5.000 volúmenes sobre arte, ciencia e industria.

28 Hacia fines de siglo el Ateneo Obrero de Santiago de Chile, por ejemplo, esboza en sus estatutos un programa de conferencias, certámenes, veladas dramáticas y musicales (en las que se preferirán a los autores nacionales), creación de una biblioteca pública, etc.

Ureña, entre otros, algunos de los cuales participan en la fundación de la Universidad Popular de México (1912). Sobre el cierre de la etapa que consideramos, varios de sus miembros llevarán adelante una valiosa empresa religadora en el continente, tanto por los vínculos concretos con intelectuales como por la reflexión y análisis sobre la sociedad, la cultura y el arte latinoamericanos.

El desarrollo económico y social, y sus consecuencias — concentración urbana, nuevos medios de comunicación — proporcionaron condiciones favorables a la irradiación de los logros del campo cultural ampliado, diversificado y complejo que surgía en cada uno de los centros hispanoamericanos, sobre todo en los más modernos; iba quedando atrás, siempre en términos relativos, una comunidad letrada de incidencia precaria, restringida en sus alcances continentales por la incomunicación y la distancia. El proceso modernizador no determinó la constelación de artistas e intelectuales del período, pero fue condición imprescindible para que fuera posible un movimiento mancomunado en concepciones estéticas e ideológicas, para que surgiera el intercambio y la discusión entre pares, medianamente generalizada y con cierta simultaneidad. La religación, en sus numerosas variables, supone la quiebra del aislamiento, del compartimiento estanco, y para ello hacían falta bases materiales para vehiculizarla y una mentalidad moderna.

"...Se come el ruido, como un corcel la yerba, la poesía."

(José Martí, "Envilece, devora...")

Empleadas de tienda, dependientes, agiotistas, obreros de la construcción... Todos se mezclan en el trajín urbano. En las ciudades más dinámicas se nuclea un incipiente proletariado industrial[29], se afianzan las capas medias con las nuevas posibilidades de empleo. Se vive una atmósfera de optimismo entre los beneficiarios de los cambios, aunque la movilidad social carga de amenazas los sectores tradicionales, pertenecientes o asociados a las viejas oligarquías. El ascenso auspicioso para el protagonista de *Martín Rivas* (1862) de Blest Gana o del indio herrero Nicolás de *El Zarco* (1901) de Ignacio Manuel Altamirano cede más bien lugar al advenedizo que pone en peligro la seguridad de muy diversos estratos sociales, aunque empuja, sobre todo, las puertas de acceso a las clases altas — *En*

29 El desarrollo industrial argentino a fines de siglo, que puede servir de ejemplo representativo de los países más avanzados, era embrionario. En 1895 las fábricas representaban un 13% y ocupaban el 23% de la mano de obra, mientras que los talleres artesanales constituían el 66% con un 60% de la mano de obra industrial. Un cambio importante ocurre con la Primera Guerra Mundial: el Censo Nacional de 1914 registra 48.779 fábricas con 410.210 obreros ocupados. De éstos, 210.570 eran extranjeros.

la sangre (1887) de Cambaceres, *Casa Grande* (1903), de Orrego Luco. Todos los sectores viven el formidable impacto modernizador, muy notable en América Latina por el corto lapso en que se produce y por la coexistencia de hábitos y modalidades arcaicas — aún coloniales —, tanto como por la presencia, muy poco frecuente hasta entonces, de los extranjeros, sobre todo si se tiene en cuenta que el afianzamiento de las sociedades hispanoamericanas como naciones estaba casi ahí, muy cerca; aunque los Centenarios se encargaran de festejar su trayectoria, las "jóvenes" naciones americanas, sobre todo algunas de ellas, frente a los cambios contundentes que la modernidad conllevaba — con su carga de inseguridad y cierto sentimiento de desquicio —, se veían sostenidas por un patrimonio débil de tradiciones propias en las cuales reconocerse.

El reacomodo de las oligarquías tradicionales, mediante alianzas con el capital comercial y financiero, aparece con insistencia en la narrativa de la época ligado a la vorágine del oro, de las ambiciones y la competencia que desembocan en la ruina — o rozan sus riesgos — más que en el enriquecimiento. La especulación, con su secuela de rápida fortuna y derrumbe, es el tema de las novelas del Ciclo de la Bolsa — atravesadas por la crisis del noventa en la Argentina — o de *Casa Grande* de Orrego Luco:

> La sociedad entera se sentía arrastrar por el vértigo irresistible, por ansiedad de ser ricos pronto, al día siguiente. [...] Y las almas veían desaparecer de la existencia todo sentido espiritual, barrido por el hecho concreto, por apetito feroz y desenfrenado lucro, por sensualismo desatentado, para el cual desaparecía todo valor que no fuera de Bolsa.

El autor justifica el éxito de su novela[30], valiéndose de explicaciones que dejan traslucir los conflictos de las clases altas, que participan en la nueva riqueza pero que asumen reticentemente las fracturas en la concepción de vida que la modernización — que hacía posible esa riqueza — entrañaba. Las perspectivas de bienestar y prosperidad palpables ya, el desafío de un futuro promisorio asegurado por la inagotable riqueza del suelo americano no logran neutralizar la perplejidad y las dudas, especialmente en esos sectores que gozaban de una colocación consabida en un orden de valores que parecía desmoronar pautas vigentes apenas ayer. Se entroniza la "canción del oro", seducción y anatema, legitimizada por el afán de lujo y la actitud dispendiosa, el ímpetu de los negocios,

30 *Casa Grande*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1985, p. 186. Orrego Luco escribe en *El Mercurio* (6 a 8 de julio de 1903): "Los que más tarde se ocuparen de nuestra vida chilena [...] mirarán con sorpresa el hecho de que se hayan agotado tres ediciones y vendido seis mil ejemplares de un libro en seis semanas [...]. La importancia del libro no provenía del mérito propio [...] sino del apoyo moral y de la resonancia que tuvo en la antigua sociedad chilena que comprendía el peligro de las nuevas tendencias y de las nuevas situaciones [...] era esa vieja sociedad tan respetable como reservada y modesta [...] [que] creía que solamente el trabajo y el ahorro eran la base creadora de riqueza y se inclinaba sólo ante el mérito, el talento y la seriedad personal" (Apud *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, p. 27, 1956).

las cifras de exportaciones; pero la corroen las sucesivas crisis. El presente inestable se proyecta hacia la nostalgia: la actitud reminiscente, el culto idealizado del pasado proliferan en todos los ámbitos hispanoamericanos, impulsando la consolidación de las "tradiciones", un subgénero de matriz propia, y el fárrago memorialista — *México viejo* de González Obregón, *Montevideo antiguo* de Isidoro de María, *Impresiones y recuerdos* de Rivera y Garrido, *Mis memorias* y las *Causeries* de Lucio V. Mansilla, los relatos de Arístides Rojas. Simbólicamente, las antiguas casonas se pierden, se malbaratan — la de los Agualonga de *El hombre de oro* (1914) de Blanco Fombona — o se guardan celosamente — la de los Arcos de *La sangre patricia* (1902) de Manuel Díaz Rodríguez[31].

Hay en estos años un crecimiento notable, especialmente en los centros más activos, de las capas medias, como consecuencia del desarrollo de la actividad comercial y financiera, y de la burocracia. La empleomanía — acceder al preciado puesto en la administración pública — concentra los ataques desde muy distintos ángulos. El Estado ejercerá todavía una suerte de patronazgo con escritores e intelectuales a punto tal muchas veces, que hace decir al socialista Mario Bravo que Correos y Telégrafos de Buenos Aires era el hogar del Parnaso Argentino por el número de poetas incluidos en la lista de la repartición. La concentración de asalariados da pie al desenvolvimiento de un gremialismo firme — fortalecido con la presencia y experiencia de los inmigrantes europeos en los centros donde estos se han afincado —, que impone la huelga y la huelga general como instrumentos de protesta. La represión, ineficaz para frenar las demandas de mejoras, da paso a una legislación que halla su expresión más avanzada durante la segunda presidencia de Batlle y Ordóñez (1912) en Uruguay[32]. Se publica además una nutrida prensa obrera, casi siempre de origen socialista o anarquista. En este terreno se destaca el líder obrero chileno Luis Recabarren, quien dirige, entre otros, *El Grito Popular*, *El Socialista*.

Los regímenes políticos autoritarios son norma en la etapa, respaldados por una ideología de matriz positivista patente en sus lemas: "La paz verdadera y científica" de Rafael Núñez o "Paz y administración" de Roca — que el viejo Sarmiento traducía críticamente en "Remington y empréstitos". La viabilidad democrática, los medios más adecuados para alcanzar el progreso buscado son objeto de un examen generalizado por los intelectuales.

31 "Tulio, como sus antepasados, la respetó, no haciéndole nunca sino las reparaciones más precisas. Ni una sola vez pensó en dejarse guiar de la moda, de voluble tiranía extranjera. Porque de una parte la moda y de la otra el comercio, desde muy atrás venían transformando los nobles caserones antiguos en viviendas comunes [...]. Poco a poco, una sonrisa de afeminados disfrazaba, como una máscara impúdica, las augustas reliquias de la antigua fuerza" (DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel. La sangre patricia. In: —. *Narrativa y ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 723).

32 En 1915 se implanta la jornada de ocho horas en Uruguay. Algunos ejemplos de constitución de centrales obreras en Hispanoamérica: Gran Círculo de Obreros de México (1872), la Federación Montevideana (1875), y la FORU (1905), la FORA (1891), de tendencia anarquista y, poco después la Unión General de Trabajadores, socialista, en Argentina.

Estas reflexiones evidencian los vínculos afirmados entre los americanos, ya que parten de las vicisitudes de una historia común — el régimen colonial, las consecuencias de las guerras y el caudillismo, la conformación poblacional, etc.—, si bien muchas veces para avalar la pertinencia del autoritarismo, cuyo texto casi emblemático será *Cesarismo democrático* (1919) de Vallenilla Lanz. Pero en nuestra línea de análisis nos interesa recalcar esa convicción de proceso compartido y propio — más allá de las peculiaridades puntuales — que lleva a indagar el destino hispanoamericano, y también el nacional, desde el despliegue de las distintas experiencias sociales, políticas y culturales del continente, acudiendo a los textos producidos en él, tramando una red de lecturas y relecturas, de coincidencias y controversias a través de una constelación de autores y obras — de Martí a Ugarte, de César Zumeta a Carlos Bunge o Francisco Bulnes, de Rodó a García Calderón — que constituye base obligada de las investigaciones y las discusiones posteriores[33].

La enajenación del patrimonio nacional[34], el peculado, tanto como la represión y el fraude, muestran la otra cara del progreso, cuya crítica asumen textos comparables de los distintos ámbitos de Hispanoamérica: *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1911) de Payró, *La candidatura de Rojas* (1909) de Chirveches, *Las memorias de un venezolano de la decadencia* de Pocaterra o *El cabito* (1908) de Pedro María Morantes (Pío Gil)[35]. La movilización de los nuevos sectores sociales por el sufragio y la vigencia de los derechos civiles, a través de la organización de partidos políticos modernos, por una parte, y el peso del activismo socialista y anarquista, por otra, obligaron a arbitrar bases de sustentación política más amplia, por lo menos en los centros más dinámicos. La culminación de estos procesos, con signo distinto, puede verse tanto en las presidencias de Batlle y Ordóñez en Uruguay y de Yrigoyen en Argentina[36], como en la revolución mexicana.

El anarquismo y el socialismo abren frentes de lucha importantes a fin de siglo. En 1896 Juan B. Justo funda el Partido Socialista argentino, luego de crear

33 Un ejemplo de esa trama puede ser *Balance y liquidación del Novecientos* (1939), de Luis Alberto Sánchez.

34 Expresa al respecto Batlle y Ordóñez: "Tenemos un país en que la luz es extranjera y privilegiada en forma de Compañía de Gas; en que el agua se halla en las mismas condiciones [...]; en que la locomoción representada por tranvías, ferrocarriles y vapores es también extranjera, etc. [...] Todo es extranjero y privilegiado y tiende a serlo. Y de esta manera, si en el régimen político hemos destruido el sistema colonial, no lo hemos destruido en la industria, los hábitos, los sentimientos, las ideas, todo es de importación — con espíritu de retorno en luises o en libras esterlinas" (Apud ACHUGAR, Hugo. *Poesía y sociedad; Uruguay 1880-1911*. Montevideo: Arca, 1985, p. 29).

35 Mariano Picón Salas, refiriéndose al éxito de este último, da idea de la atención del público hacia este tipo de obras. Los textos de Morantes circularon clandestinamente durante la dictadura de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez en Venezuela: "Había gente que viajaba hasta la Antilla holandesa para comprar y leer los libros de Morantes, impresos en París y exportados como si fueran explosivos" (*Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila, 1984, p. 157).

36 Hipólito Yrigoyen, líder del primer partido moderno argentino, la Unión Cívica Radical (1891), sube al poder en consecuencia de la ley de voto secreto y obligatorio de 1912.

dos años antes *La Vanguardia*, en la que colaborarán Lugones y Darío. En relación estrecha con este movimiento, Emilio Frugoni funda el Partido Socialista uruguayo en 1905. El año anterior, Alfredo Palacios era elegido diputado, el primero por el socialismo en América Latina. Su acción tendrá relevancia como figura religadora entre los partidos políticos modernos; pero no sólo la figura de Palacios, junto a otras destacadas del continente, será reconocida entre artistas y literatos y en los diversos ámbitos intelectuales; esta actividad política nueva producirá, a través de la difusión de sus discursos y de contactos o encuentros, fenómenos de religación también nuevos por su alcance en el continente los cuales, sumados a los que venimos expresando y a los que luego señalaremos, crean un panorama amplio y muy diverso de vínculos hispanoamericanos, pocas veces conseguido. En Chile se funda el Partido Socialista en 1897 y al año siguiente el Partido Obrero Socialista Francisco Bilbao. Con los círculos anarquistas del Perú, surgidos en los primeros años del nuevo siglo, se relaciona la acción política de González Prada, volcada antes a la organización de un partido político moderno. En 1905 propone la unión de obreros e intelectuales con fines revolucionarios, visualizando la labor del escritor a través "no [...] tanto [del] libro como el folleto, el periódico y la hoja suelta" y por acción directa. González Prada encarna, junto con Martí, un modelo de intelectual adánico, en proceso de cambio en el período.

Un número significativo de letrados mantienen vínculos vivos con socialistas y anarquistas; otros lo son y lo expresan en sus obras. Fueron socialistas Payró, Lugones, Ingenieros, en Argentina. Pezoa Véliz hace de la prensa popular y obrera el vehículo de sus poemas, participando además de la fundación del Ateneo Obrero de Santiago de Chile y de quehaceres similares en Valparaíso — junto a Víctor D. Silva y Ernesto Montenegro —, entre ellos sus colaboraciones en *La Voz del Pueblo* desde 1904. Poesía libertaria escriben Ángel Falco, de ideas anarquistas, y Álvaro Vasseur, cuyas adhesiones y modelos literarios hablan de la circulación de la poesía hispanoamericana en Montevideo — Lugones, Díaz Mirón, Chocano, etc.

Un sector emergente significativo es el de las mujeres. Normalistas, universitarias, empleadas u obreras, todas se vuelven visibles en la trama social por su actividad laboral y gremial[37], intelectual y política[38]. Tal protagonismo cimentó la movilización por demandas específicas — igualdad de derechos civiles y

37 El Censo Nacional de 1914 indica que trabajaban en Argentina 714.893 mujeres, cifra que representaba el 22% de la población activa mayor de 14 años y con profesión determinada y que es similar a la de los países industrializados.

38 Muchas mujeres militaban en el socialismo y el anarquismo. En Buenos Aires, por ejemplo, la fundación del Centro Feminista (1905) se vincula al Partido Socialista. Socialistas fueron Alicia Moreau de Justo, Cecilia Grierson, Julieta Lanteri-Renshaw, etc., integrantes del centro mencionado. En México, entre otras figuras, se destaca Juana Belén Gutiérrez de Mendoza por su acción en la política (funda en 1899 el Club Liberal Benito Juárez), en el sindicalismo (organiza la agrupación de gremios de trabajadores denominada Socialismo Mexicano), en la educación femenina y en el periodismo.

cívicos[39]. Dimensión inédita adquiere también la mujer como escritora y periodista, además de constituir buena parte del nuevo público lector[40]. Organizan asociaciones y algunos congresos (el Primer Congreso Feminista mexicano se reúne en Yucatán en 1917, por ejemplo). Capacidad religadora por la búsqueda de respuestas mancomunadas tuvo el Primer Congreso Femenino Internacional reunido en Buenos Aires (1910), en el que las participantes argentinas, paraguayas, peruanas y chilenas fundan la Federación Feminista Americana. Más allá de las escritoras importantes del período — Delmira Agustini o María Eugenia Vaz Ferreyra, analizadas en otros capítulos — nos interesa recordar brevemente a algunas que cooperan en la tarea religadora que venimos apuntando. Una de ellas es la puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió. Los sucesivos exilios y la actividad en favor de la independencia de su patria la pusieron en relación con otros intelectuales hispanoamericanos durante su residencia en Venezuela (1877-1879) y, más tarde, en Cuba y Nueva York, cuando la represión de los *compontes* la obliga a expatriarse nuevamente.

Persistentes lazos establecen entre Lima y Buenos Aires Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner. Esta última se incorpora a la Asociación Literaria organizada por Juana Manuela, afincada en Lima luego de su alejamiento de Bolivia. También lo hace Mercedes Cabello de Carbonera, quien recibe el Primer Premio en el Certamen Literario Hispanoamericano de la Academia del Plata de Buenos Aires, en 1891, por su ensayo *Juicio filosófico sobre la novela moderna*. El éxito y el escándalo por su novela *Blanca Sol* (1894) colaboraron en su trágico ocaso. Por razones parecidas, la crítica a la sociedad peruana, también conoció el éxito y el escándalo Clorinda Matto. En 1889, año en que edita *Aves sin nido* — fundadora de la novela indigenista latinoamericana —, concita el ataque de grupos reaccionarios, por lo que es separada de la dirección de *El Perú Ilustrado*, importante órgano de la prensa limeña. Sus vínculos con Argentina la llevan a elegir a Buenos Aires para su exilio, provocado por su oposición a Piérola. Allí continúa su actividad literaria y periodística, especialmente con la dirección de *El Búcaro Americano* (1895-1908), que se propone proyección continental.

Una suerte de *best seller* fue *Stella* (1905), de César Duayen (Emma de la Barra), visión romántica tardía adecuada a las expectativas del público femenino de las capas medias y bajas — que heredará poco después La Novela Semanal u otras colecciones semejantes[41] —, muy ajena a las "crónicas de un mundo enfermo" de la narrativa realista y naturalista de estos años. Las nuevas posibilidades de movilidad social no

39 A fines del XIX se destacan en este aspecto, entre otras muchas, Francisca S. de M. Diniz y Josephina Álvares de Azevedo en Brasil. En Buenos Aires el reclamo del voto femenino es visible a partir de 1910.

40 También datos de Brasil. Las mujeres que sabían leer y escribir en 1872 representaban el 29,3% del total de la población femenina; en 1890 el porcentaje crece al 43,8%.

41 Véase, para la Argentina: SARLO, Beatriz. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Catálogos, 1985.

encubrieron ese costado oscuro de la modernidad: el hacinamiento en las casas de vecindad y en los conventillos (*O cortiço* de Aluísio Azevedo, *En la sangre* de Cambaceres, etc.), los barrios pobres (*La Rumba*, 1890-1891, de Ángel de Campo), o la prostitución que, como símbolo de la ciudad moderna, es tema de *Juana Lucero* (1902) de D'Halmar o de *Santa* (1903) de Gamboa. Por primera vez estos estratos sociales tienen rol protagónico en nuestra narrativa con esa intensidad, contribuyendo a conformar un imaginario en el que confluyen la experiencia propia y las lecturas europeas del naturalismo, las que provocan una discusión generalizada en el continente. Los textos en pro y en contra que se escriben en estos años muestran la frecuentación de las novelas de esa tendencia publicadas en Hispanoamérica de muy diferentes escritores y críticos de los distintos centros: fenómeno de recepción relativamente generalizada que señala la circulación de estas obras, a pesar de las dificultades, que luego señalaremos.

"El impuro amor de las ciudades" del verso de Julián del Casal parece alentar el diseño de ese espacio nuevo, cuyo espesor inicial proviene de la literatura de entonces. Son, por una parte, las ciudades cosmopolitas en las que el sentimiento de alienación crece por el peso de la presencia extranjera, que diluyen el sello de lo nacional o lo desprecian, aun en centros con muy relativo número de inmigrantes, como Caracas[42]. La literatura atestigua la problematización de lo nacional, plantea nuevas propuestas criollas, como ocurre con Blanco Fombona, coincidiendo con la irrupción del nacionalismo hacia 1910. Novelas, ensayos, poemas, propician la reconsideración de lo nacional y de lo americano, profundizando o matizando la provocada por el colapso de 1898, evidenciada en los distintos ámbitos del continente. Se producen nuevos cruces de textos y lecturas; se habla de concepciones estéticas de la escritura hispanoamericana que van dejando atrás las meras coincidencias y las propuestas aisladas.

"Le dijo a Cruz que mirara / las últimas poblaciones y a Fierro dos lagrimones / le corrieron por la cara"

(José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*)

La modernización ha alterado el paisaje, los usos cotidianos, la vida política y la inserción social, con dinamismo indudable en las ciudades, acentuando los

42 "Entre los empleados los había ingleses, alemanes, curazoleños, venezolanos e hijos de venezolanos de padres extranjeros. [...] Para aquel mundo no existía nada más noble que el comercio, ni nada más vil que el Gobierno, cualquiera que fuese. A los periodistas los llamaban 'ganapanes'; a los literatos los juzgaban ociosos y viciosos, dispuestos a todo, hasta a ponerse en ridículo en prosa y en verso antes que trabajar [...]. Y el cajero: '[...] ¡Yo soy venezolano! ¿Qué significa, vamos a ver, ser venezolano? Pertenecer, ni más ni menos, a una tribu de cafres [...]'" (Blanco Fombona, R. *El hombre de hierro* [1915]. Caracas: Monte Ávila, 1972, p. 35-6).

contrastes con las zonas rurales. Éstas, sin embargo, también viven una significativa transformación, a poco que se piense en las consecuencias de la abolición definitiva de la esclavitud (1886, en Cuba; 1888, en Brasil), los campos alambrados y atravesados por el ferrocarril[43], el uso de maquinaria moderna en la explotación agropecuaria y minera, el traslado de población indígena a los centros productivos, o su desalojo, el pago en vales, los sistemas de enganche y otras injusticias. Tales situaciones movilizan protestas, huelgas y sublevaciones[44], que culminan con la Revolución Mexicana.

Esta emergencia compleja y particular de América Latina abre nuevos cauces a las concepciones ideológico-estéticas del período y a las relaciones de los letrados con estos sectores. Las experiencias concretas producen textos de nuevo cuño por la dimensión crítica y por la conmoción que causan en las ideas y en la colocación de sus autores, si bien es cierto que ellas se agudizan ya concluida esta etapa. Los relatos de Baldomero Lillo, representante de las capas medias incorporado al campo literario, sobre las condiciones de los mineros chilenos (*Sub terra*, 1905) o de Jaime Mendoza sobre los mineros bolivianos (*En las tierras del Potosí*, 1911) valen como ejemplo. A ellos se suman *Tomóchic* (1893) de Heriberto Frías, relato de la masacre de un pueblo campesino de Chihuahua, cuya difusión truncó la carrera militar del autor y decidió su inserción definitiva en el periodismo; o *Los sertones* (1902) de Euclides da Cunha, el texto de mayor envergadura en este aspecto del período considerado.

Incluso quienes acuerdan con los regímenes autoritarios suelen hacerse cargo de las condiciones de los sectores campesinos: Federico Gamboa, funcionario porfirista, incorpora en la escena mexicana, por primera vez no ridiculizado, al peón de hacienda en *La venganza de la gleba* (1903). Sus memorias son índice de los conflictos del escritor ante el protagonismo de los sectores rurales, en su caso, en la Revolución Mexicana[45]. Estos sectores también se hacen presentes con sus ritmos

43 "Pero si los ferrocarriles no contribuyeron al establecimiento de una economía nacional [...] y si no se levantaron nuevos centros de población y de trabajo [...] no sólo los aprovechó el Estado para consolidar su autoridad, mas también rindieron utilidad al adelanto social de México, puesto que moviéronse los hombres con rapidez y facilidad de uno al otro extremo de la República para descubrir riquezas que permanecían ignoradas; modificándose los sistemas patriarcales de profundas raíces en los pueblos aislados de la civilización [...]; restóse a la Ciudad de México una parte de su imperio político, renovándose los anhelos federalistas que mucho influjo iban a tener en acontecimientos posteriores [...]" (Valadés, José C. *El porfirismo: historia de un régimen*. 2. ed. México: UNAM, 1987, p. 313-4).

44 Entre otras, se destacan en Perú las rebeliones de Huaraz, al mando de Atusparia (1885 y 1896), o las de Puno, a partir de 1906, lideradas por Rumi Maqui. Son los años de las tres ediciones de *Aves sin nido* [1889] de Clorinda Matto de Turner. En México, son importantes las revueltas de diferentes etnias a principios de siglo.

45 "Desfilan ante mis balcones hasta [...] dos centenares de jinetes, caballeros en jamelgos agotados y polvorientos; vienen armados de rifles y cananas y [...] sobre las camisas desgarradas y negruzcas que dejan ver sus tóraces velludos, pesan sus fisonomías [...] capaces de intimidar a una pareja de la benemérita hispana [...]. Si no son zapatistas legítimos debieran serlo, por su aspecto feroz." Es esta su mirada de 1914, cuando de la entrada de Zapata en la Ciudad de México. En 1919, ante el asesinato de Zapata expresa: "La prensa seudoindependiente de México censura del modo más enérgico y acre

y canciones[46], sus artesanías, tradiciones y leyendas, incidiendo en la concreción de nuevas relaciones entre cultura culta y popular, estimuladas por la recopilación, edición y difusión de materiales, la fundación de entidades específicas, etc.[47] Las ediciones, los artículos en revistas especializadas de los diversos institutos y asociaciones, junto con las exposiciones internacionales en las que se incluían expresiones de las culturas americanas, permitieron a escritores, artistas, intelectuales, y al público general, interiorizarse de un modo más concreto y amplio acerca de lo que constituían esos "rasgos hispanoamericanos" de los que se hablaba con creciente frecuencia.

La guerra en Cuba[48] y la Revolución Mexicana tuvieron importancia en la difusión y resemantización de canciones de muy diverso origen — culto o popular, nacional o extranjero[49], que se incorporaron al acervo general, en algunos casos con difusión latinoamericana o internacional, como los corridos *La Adelita* y *La cucaracha*, o *La paloma* de Iradier. Entre las nuevas expresiones urbanas de música popular se destaca el tango argentino, que se difunde en los centros europeos en las primeras décadas del nuevo siglo. Su función religadora en América Latina se acentuará a partir de los años 20.

El ensayo, la narrativa o la poesía tematizan los ámbitos rurales y sus relaciones con los centros urbanos, reactualizando ideas ya estructuradas sobre lo americano, como las de civilización y barbarie. Lo rural, y sus tradiciones, puede encerrar promesas de regeneración del vigor nacional perdido o encontrar en leyendas o figuras heroicas populares un reaseguro de cohesión nacional (*Durante la Reconquista*, 1897, de Blest Gana). El registro épico de la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco fluye hacia el rescate del bandido para echar las bases de

---

la traición de que fue víctima el caudillo suriano, que era, dígase lo que se quiera y no obstante su condición de primitivo, el revolucionario de ideales, entre todos los que ahora abundan en mi pobre tierra" (*Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*. México: Siglo XXI, 1977, p. 203 y 234).

46 En 1912 se estrena en Perú *El cóndor pasa* de Julio Baudoin (Julio de la Paz) y en 1915, el joropo "Alma llanera" de Elías Gutiérrez, que rápidamente alcanza gran popularidad, difundiéndose en toda América.

47 Algunos pocos ejemplos. A fines de siglo se recoge *El güegüence o Macho Rabón* y Middendorf realiza la edición crítica de *Ollantay*. Se recopilan cuentos y cantos populares en casi todos los países latinoamericanos — colecciones de Silvio Romero, Juan Alfonso Carrizo, Julio Vicuña Cifuentes, etc. En 1909 se funda la Sociedad de Folklore Chileno.

48 Las poesías guajiras de Nápoles Fajardo alcanzaron tal popularidad que se convirtieron en canciones de guerra cubanas. Véase BUENO, Salvador. *Historia de la literatura cubana*. 3. ed. La Habana: Ed. Nacional, 1963.

49 "El trasiego de individuos de un extremo a otro del país, llevando cada uno en su bagaje espiritual la música y los cantos que le eran familiares desde su infancia, hizo que las canciones no sólo cambiaran de sitio, sino que hasta llegaron a perder el lugar de origen [...]. Al llegar 1920 ya los cantos se habían trasvasado, ya la vena popular se había removido hasta las raíces más hondas y la música regional, aislada por su propio orgullo, era entonces una sola expresión del hombre expuesto a todas las contingencias de la guerra. El pueblo mexicano había aceptado como suyas melodías venidas de otros países: italianas, francesas, españolas, colombianas, chilenas, cubanas, todo cuanto saturaba su ambiente [...]. En esta fusión participaron los mismos elementos tradicionales ya enraizados como el jarabe, el son, las coplas y cantares, que los tonillos sandungueros teatrales desprendidos de revistas políticas de moda, hijas también de las circunstancias" (MENDOZA, Vicente T. La música tradicional. In: —. *México: cincuenta años de Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 1962, v. 4, p. 488).

la novela nacional con *Zárate* (1888)[50]. El personaje se expande alcanzando un auge bastante generalizado en América Latina, en obras de sostenido éxito de público en distintos circuitos de lectura[51], que contribuyen a consolidar o a construir mitos populares y nacionales. En las llaneras del sur, a la inmigración europea, agente transformador de "la pampa gringa", se la hará muchas veces chivo emisario de la desaparición del gaucho o culpable por el criollo arrinconado — consecuencia más bien de la tenencia de la tierra y de la tecnificación agropecuaria. Los registros literarios de este proceso varían desde la revitalización de un lirismo gauchesco o criollista que canoniza en el gaucho el símbolo de la nacionalidad[52] hasta la perspectiva crítica — *Barranca abajo* (1905) de Florencio Sánchez[53].

"He lanzado mi grito, cisnes, entre vosotros"

(Rubén Darío, "Los cisnes")

También el mundo letrado se transforma radicalmente. Las carreras tradicionales siguen siendo índice de idoneidad y prestigio, pero los doctores comparten ahora su rango con nuevos profesionales — ingenieros, economistas, agrónomos... — y con intelectuales y artistas que no pasaban necesariamente por la universidad. En su mayoría, tampoco provienen de las clases altas, sino más bien de sectores en decadencia de las mismas (Silva, Rodó) y de las capas medias (Lillo, Fray Mocho, Martí, Payró). Muchos, como dijimos, se confundían con los inmigrantes (Darío, Jaimes Freyre), eran hijos de inmigrantes (Ingenieros) o migraban del interior a la capital del Estado (González Martínez, López Velarde). Si bien es cierto que algunos, pertenecientes a las oligarquías tradicionales, conservan sus lazos con ellas (Díaz Rodríguez, García Calderón o Valencia),

---

50 Propone el narrador: "Enterradas la mayor parte de nuestras tradiciones populares con la ya muerta generación de nuestros padres, pocos serán los que recuerden, en la época presente, las fechorías de Santos Zárate" (BLANCO, Eduardo. *Zárate*. Barcelona: Los Libros de Plaon, 1979, p. 17).

51 Así sucede con los folletines de Eduardo Gutiérrez — *Juan Moreira*, *Hormiga Negra* —, *Los bandidos de Río Frío* [1889-1891] de Manuel Payno, *El Zarco* [1901] de Altamirano, con corridos y décimas, con folletos y hojas sueltas que circulan profusamente y en grandes tiradas en Buenos Aires o Montevideo, en Santiago o en México — aquí, muchas son ilustradas por Guadalupe Posada. Son estas últimas un excelente material para encarar las relaciones entre cultura culta y popular, entre circuitos de producción y lectura, como lo evidencian las obras de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (Buenos Aires: Sudamericana, 1988), y de Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo: la época de Balmaceda* (Santiago de Chile: Aconcagua, 1988).

52 Las conferencias de Leopoldo Lugones en el Odeón, reunidas en *El payador* (1916), coinciden con el momento en que la ley de voto secreto posibilita el acceso de sectores nuevos, muchos de ellos hijos de inmigrantes o inmigrantes, a la definición de la clase gobernante en Argentina.

53 Véase ACHUGAR, Hugo. *Poesía y sociedad: Uruguay 1880-1911*. Montevideo: Arca, 1985.

muchos exhiben su disenso y tematizan la pugna o la distancia de vida y sensibilidad[54]. Los sectores dominantes, por su parte, más bien critican y reprueban los modos de vida y las preferencias estéticas del escritor — especialmente de los que llaman "decadentes" —, hecho que incide tanto en la constante definición de éstos de sus elecciones de trayectoria vital, de ideales y de lecturas, fuertemente programáticos[55], como en el ataque al "rey burgués", indiferente al arte o atenido a formas anquilosadas.

Los lazos con los grupos dominantes y la dirigencia política se volvían problemáticos; los mediatizaba ahora la nueva condición: el escritor-artista y el intelectual hablaban desde otro espacio, el propio, que borroneaba esos vínculos; no resignaban la función ideológica, que se pretenderá rectora de la entera sociedad, a pesar de las contradicciones, conflictos o respuestas ambiguas que, también, dan cuenta del momento de pasaje hacia la constitución del artista y del intelectual moderno, aquí, y en otros ámbitos occidentales, si bien en América Latina este proceso se cumple en un lapso bastante breve y de modo más trabado, ya que no cuenta con una profesionalización neta ni con un mercado cultural de las mismas dimensiones. Es cierto sí que la modernización perfila el ámbito literario, artístico y cultural como un campo específico incipiente, con nuevas reglas de circulación y de consumo, con cambios en los modos de consagración y en los sentimientos de pertenencia.

La interacción entre grupos diferenciados ya por su ideología o su estética, ya por sus vínculos con el mercado, se asienta en modos de constitución de autores y de público muy transformados con respecto a un pasado reciente. Formados muchas veces en las lecturas de bibliotecas provincianas (Darío, López Velarde),

54 Buen síntoma es la ironía con que Silva comenta a Sanín Cano las recomendaciones de su rico acreedor Uribe, amigo de la familia: además de "la confianza en lo sobrenatural, en los milagros, me hacía leer el libro de Henri Laserre sobre Nuestra Señora de Lourdes y la Vida de San Ignacio de Loyola. Otras veces me indicaba medios más humanos, en una ocasión me aconsejó que especulara en minas y en otras que tomara boleta en la lotería española [...]" (SILVA, José A. *Obras completas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, p. xii). También lo son las observaciones de Pérez Petit y de Herrera y Reissig sobre el medio uruguayo: "A las veladas y tertulias del Ateneo no iban, comúnmente, sino los socios, es decir, ese enjambre lucífero de estudiantes y jóvenes doctores que las damas de sociedad y las señoras graves calificaban despectivamente de 'herejes', liberalotes o 'enemigos de la religión' [...]. Los 'jóvenes bien', criados entre las polleras de mamá, educados beatíficamente en un colegio privado, no tenían por qué frecuentar una casa donde empezaban por enseñarle que el mundo no había sido hecho en seis días [...]" (PÉREZ PETIT. *Obras completas*. Montevideo: Claudio García, 1943, v. 11, p. 144). En "Epílogo wagneriano..." Herrera y Reissig ataca a los "bobicultos" uruguayos, "cautivos de la rutina", que sin capacidad de pensar sus experiencias "dan vuelta en el estrecho círculo de lo evidente y atávico, chapoteando en el apocamiento natural de los sucesos y de las trivialidades de la vida diaria" (In: HERRERA Y REISSIG, Julio. *Poesía completa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 296).

55 Véanse al respecto los numerosos artículos de Martí, Darío, Gómez Carrillo o Nervo, así como *Los raros* (1896) de Darío, *El modernismo* de Gómez Carrillo, *Los modernistas* (1902) de Pérez Petit, etc.

conocen las nuevas propuestas estéticas[56] por libros y revistas extranjeras, por los viajes propios o de amigos, o por los materiales que circulan en las redacciones de los diarios o en los cafés donde se reúnen — el Polo Bamba, en Montevideo, por ejemplo, es el lugar de encuentro de Alberto Lasplaces, Florencio Sánchez, Herrera y Reissig, etc.

La afirmación de Adolfo Prieto de que "todo proyecto de levantar un mapa de lectura de la Argentina entre los años 1880 y 1910 supone necesariamente la incorporación y el reconocimiento de un nuevo tipo de lector"[57] cuadra a toda América Latina, si bien atañe sobre todo a los centros más modernos. El periodismo fue la base de ampliación y diversificación del público — consecuencia de la reciente alfabetización —, al cual se suma en las primeras décadas del siglo XX el surgimiento de nuevas librerías y editoriales. Son los primeros pasos hacia una cultura masiva, en los que se reconoce además una actividad teatral y musical de importancia, que crea diversos circuitos de producción y público (la ópera y la zarzuela, el teatro culto y el sainete, u otras expresiones de teatro popular)[58].

América Latina poseía algunos diarios importantes y con continuidad[59], pero sólo a partir de los años 1870, y sobre todo desde fines de siglo, se produce el crecimiento explosivo de la prensa, de la prensa moderna, caracterizada por la gran tirada que posibilita la venta a bajo precio, por la información ágil basada en la actualidad y la novedad de la noticia y por la ilustración y publicidad profusa[60]. En Buenos Aires, tanto *La Prensa* (1869) como *La Nación* (1871) se destacan en el marco mundial por la calidad de sus colaboradores — Martí, Darío, Nervo, Rodó o Unamuno, entre muchos otros de *La Nación* —, por su tirada o por sus imponentes edificios. En Venezuela, *El Pregonero* (1893) introduce la primera linotipo y, ya en este siglo, aparece *El Universal* (1908), también con todos los rasgos de los diarios modernos. En estos años surgen otros importantes: *La Prensa* (1902) de Lima, *El Tiempo* (1911) de Bogotá, *El Diario* de El Salvador

56 Gómez Carrillo expresa las estrechas posibilidades que le ofrecía su medio, al recordar la biblioteca paterna: "No había una sola novela ligera entre sus libros. La literatura imaginativa estaba representada para él en el Telémaco, en el Quijote, en El Gran Tacaño, en algunos dramas clásicos y en tres o cuatro 'fabliaux' franceses de la Edad Media" (Apud MENDOZA, Juan M. *Enrique Gómez Carrillo*. 2. ed. Guatemala: Tipografía Nacional, 1946, p. 52).

57 PRIETO, *El discurso criollista*, cit., p. 13.

58 "La zarzuela era el género que atraía a los capitalinos de todas las clases sociales, pero no todos podían darse el lujo de acudir al Teatro Principal, ni siquiera a la galería, de manera que los teatros-jacalones, como se les llamaba a los que después serían las carpas, surgían por todos los barrios de México con cantantes de ínfima categoría, pero que sabían divertir al escandaloso público que pagaba veinte centavos por tanda" (REYES DE LA MAZA, Luis. *El teatro en México durante el porfirismo*. México: UNAM, 1968, v. 3, p. 14).

59 Eran muy pocos, entre ellos *El Comercio de Lima*, fundado en 1839; *El Mercurio* (1827) de Santiago de Chile; *El Siglo XIX* (1841) de México; o *El Diario de la Marina* (1844) de Cuba.

60 *La Prensa* de Buenos Aires introduce desde 1898 rotativas modernas, capaces de imprimir cien mil ejemplares.

(1895), etc.[61] Este desenvolvimiento requirió un creciente número de asalariados, entre ellos los periodistas, quienes lograron presencia inusitada en la opinión pública de entonces.

La prensa adecua información, diagramación y formato al público que se propone captar, apelando al precio para ganar mercado. Los intereses sectoriales amplían la diversificación, en tanto la censura y otras formas de control limitan la acción del periodismo independiente y la libertad de prensa[62]. Los gobiernos recurrían también al apoyo económico para poner los diarios a su servicio: un caso notorio es *El Imparcial* de México (1896), vocero del porfirismo, que prácticamente logra anular la competencia — imprime 65.000 ejemplares que vende a precio de centavos. El acatamiento de las imposiciones empresarias, el agostar las pulsiones creadoras en el periodismo es tema recurrente entre los escritores[63]. Sin embargo, los seduce el ajetreo y novedad de las redacciones, la posibilidad de conformar el gusto del lector, de diseñar un estilo reconocible y reconocido: conscientes de las posibilidades de la prensa[64], implementan estrategias de escritura para controlar el valor literario de sus textos, aunque viven sometidos,

61 Entre 1890 y 1900 se editan en Chile 186 periódicos anuales, frente a los 150 de la década anterior. En 1895 salían en Santiago 7 periódicos con una tirada mayor a los 14.000 ejemplares. Con una población de 256.405 habitantes, circulaban en la capital chilena unos 52.800 periódicos por día. En Argentina se publican 148 periódicos en 1877, 18 de ellos científicos y literarios. El número asciende a 215 en 1882. Datos tomados de las obras de A. Prieto y B. Subercaseaux, citadas.

62 Partidos políticos, sindicatos, colectividades contribuyen a la diversificación de la prensa. En Buenos Aires, Juan B. Justo, cronista parlamentario de *La Prensa* en sus años de estudiante, funda *La Vanguardia* (1894), de ideología socialista. También en Buenos Aires, *La Questione Sociale* (1884), dirigida por Enrico Malatesta, inaugura la prensa anarquista en Sudamérica. En Perú, *El Perseguido*, de igual tendencia, alcanza tiradas de 16.500 ejemplares. Abundan los episodios represivos, siendo célebres la cárcel de Belén en México o El Castillo en Venezuela, donde estuvo preso, entre otros, José Rafael Pocaterra, a partir de 1907, junto con el director y otros redactores del periódico *Caín*.

63 Entre ellos, Julián del Casal: "el periodismo [...] es la institución más nefasta para los que, no sabiendo poner su pluma al servicio de causas pequeñas y no estimando en nada los aplausos de la muchedumbre, se sienten poseídos del amor del Arte, pero del arte por el arte, no del arte que priva en nuestra sociedad, amasijo repugnante de excremencias locales que, como manjares infectos en platos de oro, ofrece diariamente la prensa al paladar de sus lectores. Lo primero que se hace al periodista, al ocupar su puesto en la redacción, es despojarlo de la cualidad indispensable del escritor: su propia personalidad [...]. Hay que blanquearse los cabellos, si son negros [...] convirtiéndose en republicano, si es monárquico, en librepensador, si es católico, en anarquista si es conservador" (CASAL, Julián del. *Obras completas*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963, p. 271-2).

64 Martí sopesó sin dudas las conveniencias de su corresponsalía de *La Nación* de Buenos Aires para su acción política al aceptar los cortes a sus textos que le comenta su director, Bartolomé Mitre y Vedia en 1882, respecto a su primera carta: "Sin desconocer la verdad de sus apreciaciones [...], hemos juzgado que su esencia, extremadamente radical [...] se apartaba algún tanto de las líneas de conducta de nuestro modo de ver [...] al par que las conveniencias de empresa [...]. Habla a Ud. un joven que tiene probablemente mucho más que aprender de Ud. que Ud. de él, pero tratándose de una mercancía — y perdone Ud. la brutalidad de la palabra, en obsequio de la exactitud — que va a buscar favorable colocación en el mercado que sirve de base a sus operaciones, trata, como es su deber y su derecho, de ponerse de acuerdo con los medios más convenientes para dar a aquélla todo el valor de que es susceptible" (cf. QUESADA Y MIRANDA, Gonzalo de. *Martí periodista*. La Habana: Impr. Tabla, Bouza y Cía., 1949, v. 1, p. 175-6).

casi siempre, al pluriempleo[65]. Con una intensidad impensada antes surge el reclamo de deslinde entre vocación y trabajo, la pregunta sobre la función de la escritura. Dudas y contradicciones ponen en escena esa marca de la modernidad que conduce al planteo de la autonomía del arte y del lugar del artista. Marginarse en el Ideal del Arte, buscar la evasión en el grupo selecto (la Torre de los Panoramas de Herrera y Reissig) puede ser la vía ante una sociedad utilitaria que arrincona al escritor; vía que se condensa en una nueva temática, "la novela del artista", presente en los cuentos de Darío, en *De sobremesa* de José A. Silva, en *Ídolos rotos* de Manuel Díaz Rodríguez — en la que se inscribe (la primera en clave) *Humano ardor* de Alberto Ghiraldo. El sentimiento de marginación ante un público de mirada estrecha o indiferente, que desolara alguna vez a Rodó[66], a Nervo, a Silva, se convierte en desafío: constituir un lector abierto a una nueva percepción y a una nueva escritura es una empresa que asumen militantemente Martí y Darío, actitud que en los hechos puede incluir a casi todos y que encuentra en la gran difusión de la prensa periódica el camino posible aunque no sea el deseado. Gutiérrez Nájera lo percibe con claridad, como percibe también la brecha profunda que se ha abierto en la condición del escritor respecto de las generaciones anteriores al referirse a esa figura señera que era Ignacio M. Altamirano en el campo cultural mexicano:

> Altamirano ha hecho obras maestras; ayudó a hacer la República; ha hecho discípulos, ha hecho fanáticos, ha hecho la obra de algunos amigos suyos, ha hecho una literatura [...]. En cambio (yo) escribo de seis a ocho horas diarias; cuatro empleo en leer, porque no sé todavía cómo puede escribirse sin leer nada; aun cuando sólo sea para ver qué idea y qué frase se roba uno;

65 La situación de pluriempleo se generaliza, aun para aquellos que contaban con una trayectoria importante ya cumplida, como es el caso de Ricardo Palma: "Si me hubiera sido posible, yo no habría querido ser otra cosa que hombre de letras; pero, desgraciadamente, en nuestras repúblicas, todos tenemos que quemarnos en esa arena ardiente que se llama política. Hasta 1875 viví en ella, ya como periodista, ya como diputado y senador, ya como secretario de uno de nuestros presidentes o ya como subsecretario en el ministerio" (Carta a Victoriano Agüeros del 12 de nov. de 1885; cf. PALMA, Ricardo. *Epistolario*. Lima: Cultura Antártica, 1949, v. 1, p. 175-6). Se pueden citar muchos otros ejemplos. Gómez Carrillo era al mismo tiempo redactor del *ABC* de Madrid, corresponsal de *Caras y Caretas* y *La Nación* de Buenos Aires, de *Blanco y Negro*, también de Madrid, *El Mercurio* de París y del *Diario de la Marina* de La Habana, además de colaborar en el diccionario enciclopédico de Garnier. Mientras reside en Buenos Aires (1904-1918), Javier de Viana soporta una constante penuria económica; para aliviarla escribe para *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *Mundo Argentino* y *Atlántida*. En el reportaje publicado en *Nuestra América* de Buenos Aires en 1926, dice que alguna vez llegó a escribir cuatro cuentos en tres horas. Esta situación de explotación es tema de muchos textos, entre ellos, *El triunfo de los otros* (1907) de Payró, cuyo protagonista expresa: "Quince años de periodismo anónimo me exprimieron material y mentalmente" (In: PAYRÓ. *Teatro completo*. Buenos Aires: Hachette, 1956, p. 193).

66 Dice Rodó en carta a Julio Piquet (1896): "¿quién escribe? ¿quién lee? El frío de la indiferencia ha llegado a la temperatura del hielo, para estas cosas. Montevideo es mitad un club de hablillas políticas, y mitad una factoría de negociantes" (RODÓ, J. E. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1967, p. 26).

publico más de treinta artículos al mes; pago semanariamente mi contribución de álbumes...

Es reticente en cambio cuando valora literariamente al maestro, al tiempo que afirma su camino estético a través de cuentos y crónicas periodísticas:

> No se estima bien en México el valor de estas crónicas elegantes; no se aprecia como debiera apreciarse el arte de narrar cosas frívolas con cierto esmero literario. El género, por su misma delicadeza, es muy difícil. Es necesario que la pluma del cronista tenga alas de colibrí y que sus dientes muerdan de cuando en cuando sin hacer sangre [...]. Es fuerza que la pluma del cronista pellizque con los labios. De otro modo [la crónica] oscila entre la gacetilla incolora y el arte descriptivo. Para quedar en el justo medio se requiere un prodigio de equilibrio[67].

El salario y la proyección intelectual o literaria inicial, por lo menos, provenían fundamentalmente de la actividad periodística. Los escritores ingresaban a ella desde muy jóvenes[68], y en ella se hacían de una cultura, con frecuencia poco firme[69]. Las salas de redacción eran su centro vital, donde se tejían solidaridades y se fraguaban adhesiones, forjaban un estilo, constreñidos por los imperativos de la premura y la brevedad. En ellas palpaban la fugaz permanencia de los textos, devorados por la circunstancia, por la vejez del día siguiente. Así funcionaban los salones de *La Época*, por ejemplo, diario de concepción moderna fundado en Chile en 1881, en donde se reunían los jóvenes Pedro Balmaceda, Orrego Luco, Darío o Narciso Tondreau.

Además de producir fenómenos de coetaneidad en América Latina por el desarrollo simultáneo de similares condiciones de producción y recepción, la prensa se constituye en el principal agente de religación del período, pues promueve una red extensa e intensa de vínculos entre los latinoamericanos, escritores y público. La crónica frívola, la moda del artículo de viaje, el auge de la ilustración favorecieron el conocimiento de personalidades, modos de vida, paisajes y personajes típicos que, unidos a la información política, social y económica de los diferentes países, auspiciaron el acercamiento. Por otra parte, un alto número de periodistas de un país funcionaban como corresponsales de la

67 GUTIÉRREZ NÁJERA, M. *Obra crítica*. México: UNAM, 1959, t. I, p. 365 y 263-4, respectivamente.

68 Amado Nervo comienza a los 16 años como redactor de *El Universal*. J. S. Chocano dirige a los 15 años *El Perú Ilustrado*, a los 20 administra la imprenta del Estado, a la que convierte en cooperativa, y en ella edita *La Neblina*, vocera del modernismo. Su compatriota José Carlos Mariátegui entra al periodismo a los 15 años, como alcanzarejones; será luego linotipista, corrector y redactor de notas en 1912.

69 Gómez Carrillo comenta al respecto: "Y nosotros escribíamos entusiasmados, tratando sin empacho los problemas más espinosos. Para suplir nuestra ignorancia, teníamos el Diccionario Larousse, en el cual hallábamos la esencia de todos los conocimientos" (Apud MENDOZA, Juan M. *Enrique Gómez Carrillo*, cit., p. 152).

prensa de otros — Palma, Gómez Carrillo, Darío, Martí, Nervo, etc. — o directamente trabajaban en sus redacciones. Diarios y revistas surgían a veces siguiendo el desplazamiento de periodistas experimentados de un país a otro, llevados por el exilio, la censura o simplemente el trabajo. En 1892, por ejemplo, Próspero Calderón funda en Guatemala la revista *Guatemala Ilustrada*: venía de Costa Rica, donde dos años antes fundara en San José *Costa Rica Ilustrada*. A estos lazos se sumaba el conocimiento proveniente de la reproducción de textos de unos periódicos en otros, lo cual ampliaba la red notablemente, como ocurría con los artículos y poemas de Martí, Darío, Nervo, Gutiérrez Nájera, etc. Este hecho cooperó además para que se destacaran centros en el interior del continente[70].

La mayoría de los escritores daban a conocer sus textos en la prensa antes que en libro, textos que, a menudo, se escribían en las mismas redacciones. Artículos, cuentos o poemas, además, como dijimos, se iban reproduciendo continuamente en diarios y revistas latinoamericanos y españoles. Contribuyó a esta difusión la moda del suplemento literario[71], la multiplicación de revistas y *magazines*, cuyo carácter misceláneo facilitaba el ingreso de textos literarios, las notas sobre literatura o sobre escritores nacionales o extranjeros, entre ellos los latinoamericanos. "Ilustrado", recalcaban siempre los títulos. Para nuestro tema tuvo peso, pues incluían fotografías de intelectuales y artistas, de eventos literarios y culturales, que colaboraron en la conformación de la imagen de escritor, introduciendo un nuevo contacto con el público justamente cuando se vivía la amenaza de la dispersión y de la transitoriedad de nombre y textos a que sometía el periódico, tan ajeno a la individualidad y permanencia que el libro aseguraba. La reproducción de estas fotografías a nivel latinoamericano tuvo incidencia religadora, con cruces interesantes muchas veces: *El Cojo Ilustrado* de Caracas, por ejemplo, presenta retrato y semblanza del novelista uruguayo Acevedo Díaz, redactada y enviada desde Santiago de Chile por Pedro Figueroa. Los *magazines* fueron buenos difusores de la literatura latinoamericana, dada la gran popularidad de que gozaban — y sus grandes tiradas (*Caras y Caretas* de Buenos Aires, fundada en 1878, lanza 201.150 ejemplares del número dedicado al Centenario). En los *magazines*, además, encontraban trabajo — Rodó pudo viajar por fin a Europa en 1916 como corresponsal de *Caras y Caretas*, y ella le encarga a Darío su *Autobiografía* (1913).

Uno de los *magazines* importantes es el ya citado *El Cojo Ilustrado* (1892-1915), definido como "órgano continental del modernismo" por Max

70 Son habituales las referencias y extractos sobre otras publicaciones periódicas, como ésta de la *Revista Moderna de México*, marzo de 1905: "Al tan debatido asunto de si es efectiva o no la existencia de una literatura genuinamente nacional, en cada país, especialmente en los de América Latina, el escritor R. Tirado aporta nuevos y espaciosos argumentos. Difícil nos sería seguirlo en todas y cada una de sus disquisiciones, y sólo nos limitaremos a entresacar al acaso, del excelente artículo que inserta *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, dos o tres de sus mejores párrafos".

71 Introdujeron suplementos literarios, entre otros, *El Federalista* (en 1872), *La Libertad* (1878) de México, *El Chileno* y *La Tarde* de Chile, *El Diario* de El Salvador (1895), la *Prensa Libre* de Costa Rica, *El Tiempo* de Bogotá, *La Nación* y *La Prensa* de Buenos Aires, etc.

Henríquez Ureña. Lo dirige J. M. Herrera Irigoyen y su imprenta edita también libros de los nuevos autores venezolanos. El gran formato, la calidad de sus notas e ilustraciones dan idea de la relevancia de esta revista — conocimiento facilitado hoy por la reproducción facsimilar. Colaboraron y se reprodujeron en *El Cojo Ilustrado* textos de un gran número de escritores de la época, como Díaz Rodríguez, Pedro E. Coll, Gil Fortoul, Chocano, Gómez Carrillo, Darío, Blanco Fombona, etc.

También se multiplicaron las revistas literarias[72], aunque siempre urgidas por problemas económicos[73]. Promovieron, de modo inédito, la religación en el marco específicamente literario: era una intercomunicación especialmente buscada; es más, se proyectaban conformando grupos o tendencias ideológico-estéticas de nivel hispanoamericano[74]. Estas revistas se ocupaban de problemas o asuntos generales latinoamericanos, insertaban colaboraciones de los escritores, reproducían sus textos y hacían crítica sobre ellos. Muchos fueron prácticamente conocidos por esta vía — Silva o Díaz Mirón, por ejemplo — y, salvo pocas excepciones, alcanzaron difusión continental por ella. Algunas revistas van introduciendo secciones fijas destinadas a las distintas literaturas latinoamericanas[75], o incorporan información sobre ellas a través de secciones especiales como "notas de redacción" o "revista de revistas"[76], realizan encuestas, números de homenaje o extraordinarios sobre escritores americanos. Algunas empiezan a valerse de agentes de distribución en las ciudades latinoamericanas para facilitar la recepción — como ocurre con *La Revista de América*.

Seguramente el rasgo de religación más relevante sea el ya apuntado de que algunas de estas revistas sostengan propuestas estéticas comunes, convirtiendo a Hispanoamérica, por primera vez, en un campo compartido de solidaridades

72 Entre 1900 y 1914 se editan en México 40 revistas literarias, 23 en la capital y 17 en otras ciudades; cf. CARTER, Boyd G. *Las revistas literarias de Hispanoamérica*. México: Studium, 1959. Véase además, entre otros, ENGLEKIRK, John E. La literatura y la revista literaria en Hispanoamérica. *Revista Iberoamericana*, 51, p. 9-79, 1951, y 52, p. 219-327, 1951.

73 *Bohemia*, de Montevideo, fundada en 1908, debió resignar su proyecto de ser exclusivamente una "Revista de Arte" por causas económicas. Incorpora para paliar las dificultades un agente de negocios y la revista cambia de carácter, introduce notas de interés para el público general y femenino, aumenta el espacio de avisos, etc.; véase SCHANZER, George. *Bohemia*. Revista de Arte. *Revista Iberoamericana*, 53, 1952.

74 Generalmente explicitan su intención americanista. Valgan como ejemplo: la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (1895-1897), de Montevideo, dirigida por Rodó, Pérez Petit y los hermanos D. y C. Martínez Gil: "La revista tiene por objetivos principales unir en un esfuerzo común las fuerzas vivas de la intelectualidad uruguaya y laborar el santo propósito de poner las bases de fraternidad americana, de establecer por medio de la literatura vínculos de unión entre nuestras jóvenes repúblicas". Y la *Revista Nueva* (1900-1903) de Santiago de Chile: "y comprendiendo la necesidad de vulgarizar el conocimiento de algunos escritores hispano-americanos, pues la fraternidad intelectual de la América Latina es también uno de nuestros ideales [...]".

75 La *Revista de América*, fundada en 1912 y dirigida por Francisco García Calderón, tiene secciones fijas sobre literatura colombiana (Sanín Cano), mexicana (Alfonso Reyes), boliviana (Alcides Arguedas), etc.

76 *Nosotros* dedica números extraordinarios a Florencio Sánchez (1908), Rodó (1917), Darío y Nervo (1919).

articuladas para la defensa de los mismos ideales, y también de polémica. En este sentido importan los órganos de difusión del modernismo, en los que publicaron un número significativo de escritores de toda Hispanoamérica. A la inicial *La Revista Venezolana* (1881) de Martí, le suceden, en 1894, la *Revista de América* (1894), *Cosmópolis* (1894-1895) y la *Revista Azul* (1894-1896)[77], a las que se suman *El Cojo Ilustrado*[78] y la *Revista Moderna de México* (1898-1911), dirigida por Nervo y Jesús E. Valenzuela, con excelentes ilustraciones de Julio Ruelas.

Diarios, revistas y *magazines* fueron el principal soporte para el conocimiento de la literatura entre los diferentes países hispanoamericanos, ya que la circulación del libro fue escasa[79]. Era difícil editar en América Latina. Con frecuencia la edición la costeaba un amigo rico o el propio autor[80] y, normalmente, se limitaba a los 500 ejemplares. Aumentaban las opciones para quienes vivían en España o París, pero la situación se fue revirtiendo lentamente en las primeras décadas del nuevo siglo. Creció el número de librerías interesadas en la producción nacional y en la edición de libros[81]. También aumenta el número y la actividad de

77 La *Revista de América* se edita en Buenos Aires, dirigida por Darío y Jaimes Freyre, tres números. *Cosmópolis* aparece en Caracas, dirigida por Dominici, Coll y Urbaneja; la *Revista Azul*, fundada por Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo, suplemento dominical de *El Partido Liberal*, publica 128 números.

78 Son muchas las revistas que expresan las nuevas corrientes estéticas. Sólo citaremos algunas: *El Mercurio de América* (1898-1900) de Buenos Aires, fundada por E. Díaz Romero; *La Neblina* (1896-1897) de Lima, dirigida por Chocano; *El Cosmos* (1896-1897) de Panamá; la *Revista Puertorriqueña* (1887-1893) y la *Revista de las Antillas* (1913-1914), ambas excelentes publicaciones de Puerto Rico; *La Alborada* (1909) de Caracas, fundada por Rómulo Gallegos, Simón Soublette, Planchart, Julio Rosales y Salustio González Rincones, etc.

79 La situación que describe Julio Rosales para Caracas se repite en muchos centros hispanoamericanos: "los libreros de Caracas sólo abastecían el grueso del público con muy contados casos especiales de encargo previo, para clientela relacionada, o de condición adecuada para premios escolares. Las ediciones baratas de Maucci, [...] Samper [...] inundaban anaqueles con autores heterogéneos, como Eugenio Sue, Paul Feval [...], Invernizzio [...] Blasco Ibáñez, Goethe, Manzoni. Orate hubiera sido el librero que se hubiera aventurado a ocupar sus escaparates con producciones de Flaubert, Zola, Gautier, Sand, Baudelaire, Poe, Wilde [...], pues los libreros de fines del ochocientos temblaban entre naturalistas, neorrománticos, simbolistas, parnasianos, decadentes, realistas" (ROSALES, Julio. *El Cojo Ilustrado*. Caracas: Universidad Central, 1966, p. 21).

80 Nervo se ocupa, como muchos otros escritores del período, de las dificultades y los costos para editar en "Un libro nuevo", donde señala que el autor no sólo paga la edición, los gastos de correo, etc., sino que además se ve obligado a regalar los ejemplares. En un artículo posterior, "Lo que se edita", advierte cambios en el público mexicano: "hace catorce años que estudio el público de México, y crea Ud., ha cambiado notablemente. Se preocupa ya, poco, es cierto, pero se preocupa de los libros de valor" (NERVO, Amado. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1967, v. 2, p. 445 y 576 respectivamente).

81 En la Ciudad de México había unos 75 libreros y unos 5 editores en 1912. Porrúa, fundada en 1900, empieza a editar en 1914, y también lo hace Andrés Botas. En 1916 se inicia la colección Cultura. En 1905 se funda Zig-Zag en Chile y hacia 1910 aparece la Biblioteca de Escritores de Chile, editada por el Estado. En Montevideo, Constancio Vigil se dedica a la edición de autores uruguayos. En Buenos Aires muchos impresores se convierten en editores — Kraft, Coni, Biedma, etc. Peuser lo hace tempranamente (1881). En 1898, Ángel Estrada compone el primer libro en linotipo. Algunas librerías editan obras de autores nacionales: Casavalle, desde la década del 1870, y luego Moen, Lajouane, etc. Navarro Viola funda la Biblioteca Popular de Buenos Aires, con autores argentinos, americanos, españoles, y traducciones; se propone un libro mensual, con una tirada de 2.000 ejemplares.

las editoriales extranjeras que se instalan en América — la viuda de Bouret en México, Garnier en Río, Maucci, etc.

Si bien es cierto que el interés por los nuevos autores nacionales y latinoamericanos no aumentó en proporción al nuevo caudal de lectores, sí se diversificó y se operaron cambios. En esta etapa se emprende la edición de obras historiográficas nacionales — *Historia constitucional de Venezuela* (1906-1907) de Gil Fortoul, *México a través de los siglos* (1884-1889), dirigida por Riva Palacio, la *Historia de San Martín y la independencia americana* (1887-1888) de Mitre, etc. —, de documentos y de colecciones básicas para el trabajo posterior en este campo y para su conocimiento en el ámbito nacional e hispanoamericano de entonces. Algunos letrados toman a su cargo la redacción de textos para los distintos niveles educativos que, en unos pocos casos, se imponen en el mercado hispanoamericano — la *Psicología* y la *Lógica* de Carlos Vaz Ferreyra. Desde el Estado, o por esfuerzo privado, se editan obras completas, reediciones y compilaciones del pasado o contemporáneas (las obras completas de Bello, Martí, etc.), así como colecciones dedicadas a la literatura y a la cultura nacional, que entrañan la posibilidad de lectura y de relectura de textos generalmente inhallables por entonces.

En los años 1890, José María Rojas publica su biblioteca de autores venezolanos; desde 1904 José Ingenieros brega por poner en el mercado una colección de obras canónicas, que recién logra concretar en 1915, cuando sale el primer volumen de La Cultura Argentina — tiraba 3.000 ejemplares y se vendía a bajo precio. Con la publicación de la *Historia de la literatura argentina*, que se inicia en 1913, de Ricardo Rojas, podríamos decir que asistimos a un primer momento de "construcción" de los clásicos nacionales. Esta situación se produce también en otros países hispanoamericanos. Se inicia además la edición de "bibliotecas" de obras hispanoamericanas: en 1914 Blanco Fombona funda en España la Editorial América, que difunde en todo el continente las colecciones Andrés Bello, Ayacucho y Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana.

Hacia fines de siglo, Buenos Aires, muy lentamente, empieza a competir con Francia y España en la impresión de libros hispanoamericanos, dato que confluye para evidenciar su carácter de metrópoli en el interior del continente[82].

En buena medida descansaba en los escritores arbitrar modos eficaces para editar y promover sus obras: la recepción generalizada de *Ariel* y el prestigio de Rodó en el ámbito hispanohablante no son ajenos a los trabajos que éste emprende

82 Estuardo Núñez señala que los autores peruanos, que publicaban en Francia entre 1850 y 1880, se inclinan a buscar la edición de sus obras en Buenos Aires, con una asiduidad que antes no se daba (*La imagen del mundo en la literatura peruana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971). A pesar de una relativamente precaria industria editorial, González Arrili consigna también la nueva proyección de Buenos Aires: "Salían los paquetes para distintos lugares del país, otros para ciudades lejanas de América [...]. Cien libros, mil libros, aparecieron en Buenos Aires para recorrer en triunfo el continente [...], una euforia americanista, despertada en *Ariel* y sostenida por aquellos hermanos de países cercanos a la nación estadounidense" (*Buenos Aires 1900*. Buenos Aires: CEAL, 1967, p. 106).

para que así ocurra[83]. *Ariel* fue uno de los éxitos del período, generador de un movimiento a nivel continental. Menos "apostólicamente", hicieron lo mismo otros autores hispanoamericanos — Gómez Carrillo[84], Vargas Vila[85], etc. —, quienes aprendieron a valerse del aviso encubierto, de la *réclame*. Pero el medio más a mano era casi artesanal: se basaba en los envíos por correo, los prólogos auspiciadores, los préstamos entre escritores de los nuevos materiales que recibían. Son muchísimos los testimonios al respecto; ellos hablan de lazos logrados con esfuerzo y asumidos, podríamos decir, de modo militante[86].

"Suena un *che* o un *all right*, un *ja* o un *kalimera*, un cumplimiento turco o un piropo español"

(Rubén Darío, "En el Luxembourg")

Los continuos viajes, otro rasgo que define la vida letrada de estos años, tienen una función religadora similar a la desarrollada por las publicaciones periódicas. El desplazamiento de los escritores por los distintos países de América y de Europa produce una enmarañada red de vínculos, cuyos vericuetos sería fastidioso diseñar en detalle. Al comienzo de este capítulo señalamos el hecho de que un número significativo de las figuras importantes — Martí, Darío, Ugarte, Blanco Fombona, Chocano, Gómez Carrillo, etc. — pasaran buena parte de su vida fuera de su país, residiendo en diversos centros: ello contribuyó a que se reconocieran, y fueran reconocidos, como hispanoamericanos. El trabajo y sus propios intereses intelectuales y artísticos los llevaban a relacionarse con el campo

83 Dice Real de Azúa: "El modo como lo llevó a cabo constituye un fascinante capítulo de vida y de estrategias literarias" (In: Rodó, J. E. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976, p. xx. Prólogo). *Ariel* apareció en 1900; en 1911 contaba con nueve ediciones en distintos centros — cuatro en Montevideo, dos en México y tres más en Valencia, Santo Domingo, y La Habana, respectivamente.

84 "Sus entradas eran generalmente buenas. Apenas había anunciado que publicaría *El misterio de la vida y de la muerte de Mata Hari* y ya tenía el pedido de 20.000 ejemplares. Es una de sus obras que vendió en mayor cantidad [...] Otro tanto puede decirse con respecto a *El Evangelio del amor* y *El Japón heroico y galante*" (Apud Mendoza, *Enrique Gómez Carrillo*, cit., p. 217).

85 Sus obras fueron muy conocidas en el ámbito hispanohablante. Recibía por derechos de autor entre cincuenta y sesenta mil pesetas de la editorial Sopena (de Madrid).

86 Darío es un ejemplo innegable. Así lo expresa en 1907, en un texto incorporado como prólogo a *Hombres y piedras de Tulio Cestero*: "Una de las ventajas que han tenido nuestras dos últimas generaciones es la de la comunicación y mutuo conocimiento. Si aún algo queda que desear, ya no sucede como antaño, que se ignorasen, de nación a nación, los seguidores de una misma corriente filosófica o estética [...]. Hay mayor intercambio de ideas. Se comunican los propósitos y las aspiraciones. Se cambian los estímulos. Hay muchas simpatías trocadas y muchas cartas. Los imbéciles no evitan en afirmar: sociedad de elogios mutuos. No se hace caso a los imbéciles. Los libros y las cartas se siguen trocando. No otra cosa se hacía en latín, entre los sabios humanistas del Renacimiento".

cultural del centro en que se hallaban, especialmente en el ámbito hispanohablante. El vicecónsul de Costa Rica, Manuel González Zeledón (Magón), por ejemplo, cuando llega a Bogotá en 1889, estrecha amistad con literatos colombianos como Isaacs, Pombo, Silva o Rivas Groot; más tarde, fundará en Nueva York el Círculo Literario Hispano (1911). Recordando su vida colombiana dirá: "Ese roce me fue de mucho provecho como educación literaria para formar mi estilo"[87].

Las "sensaciones de viaje" o los "recuerdos de viaje" construyen un rico campo semántico que, creemos, si se circunscribe sólo al viaje estético — si bien tiene éste un peso en el imaginario del momento que no puede negarse — corre el riesgo de empobrecer su significación. Esta transhumancia, teñida con frecuencia de visos dolorosos y dramáticos, concreta líneas de sentido muy complejas, en las que se cruzan los textos y la experiencia vivida — mediatizada por otro tipo de discurso: la carta, la autobiografía o la memoria — de cada escritor, experiencia que se concreta a lo largo de los años, con los consabidos cambios que alteran la perspectiva[88].

Los viajes cooperaron en destacar centros en Hispanoamérica y en caracterizar, desde la mirada propia, a los que se convertían en tales en Europa y Estados Unidos. Las causas fueron muchas: el exilio o la política, el trabajo, el estudio o el placer, la búsqueda de horizontes más amplios, como ya dijimos. Muchos se desempeñaron en la diplomacia: Riva Palacio, Gamboa, Altamirano, Nervo, Icaza, entre otros mexicanos; García Calderón o Valdelomar entre los peruanos. Silva tuvo un cargo diplomático en Caracas e Ismael Arciniegas fue secretario de legación en la misma ciudad, y en Chile, Quito y Panamá. El boliviano Armando Chirveches lo será en Brasil, desde donde envía notas sobre la literatura de este país a los diarios bolivianos; su compatriota Alcides Arguedas se instala en Europa desde 1903, viviendo fuera de su patria 25 años, con cargos diplomáticos en París y Londres. Manuel Díaz Rodríguez hace su primer viaje a Europa para perfeccionar sus estudios; en 1910 visita Buenos Aires como delegado venezolano a la Conferencia Panamericana. Muchos otros visitan Europa por diferentes motivos: Justo Sierra, Lugones, Casal, Silva, Rodó... La lista sería interminable, pero lo cierto es que la lectura de los textos más diversos abre rumbos a cada momento sobre la función religadora de los viajes. Anoto simplemente una, para que el lector

87 Carta a José M. Arce en *Cuentos* (San José: Librería A. Lehmann, 1968, p. 9).

88 Los siguientes textos de Darío y Blanco Fombona, respectivamente, muestran lo que quiero decir, a poco que se recuerden la trayectoria, las ideas y las obras de uno y otro. Escribe Darío a Palma en 1891: "La guerra y otras politiquerías aventaron a Gavidia a Costa Rica. Acosta y yo estamos aquí. De mí sé decirle que no sé aún dónde iré. Yo en Guatemala no pienso permanecer. Probablemente iré a Nueva York. Y si no, seguiré el rumbo del viento, como los gitanos" (PALMA, *Epistolario*, cit., p. 105). El texto de Blanco Fombona es de 1908: "Nosotros, los hispano-americanos, no viajamos como Darwin o como Taine, con un fin científico, para comprobar una teoría, sino más bien como gozadores, como diletantes, como curiosos de arte, de paisajes, de mujeres" (*Letras y letrados de Hispanoamérica*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1908, p. 269).

vea ese revés de la trama, silencioso y de infinitos nudos, que iban vinculando a los hispanoamericanos entre sí, dentro y fuera del continente. Victoria Garrón de Doryan explica en el prólogo a su antología de García Monge que el gobierno de Costa Rica becaba a jóvenes profesores para completar sus estudios superiores en Chile y que éstos, a su regreso, tuvieron mucho peso en la formación de las generaciones jóvenes de principios de siglo. Entre los "chilenoides" — así los llamaban — se cuentan Roberto Brenes Mesín y el citado García Monge. Éste partió a Chile en 1901 y vivió allí tres años, en los que se compenetró de la cultura y la vida chilenas:

> Chile me aprovechó mucho, de allí cogí el impulso que todavía me dura, hacia la función social del escritor, de editor y de maestro[89].

Las dictaduras o la política — casi siempre el exilio — empujaron fuera de la patria a muchos letrados. Algunos vivieron casi todo el tiempo desterrados, como Martí, José J. Palma o Pérez Bonalde. Esta situación, u otras, los llevaron a instalarse en los países vecinos al propio, hecho que contribuía a estrechar las relaciones entre áreas. Era frecuente el pasaje entre Argentina y Uruguay, entre los países centroamericanos y México, etc. Los estudios que el poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona hizo en Lima, pesaron seguramente en el vínculo que mantuvo con Perú, donde residió y publicó parte de su obra, luego de vivir con cargo de embajador en Colombia desde 1885. México, España y Nueva York son centros importantes de inmigración para cubanos y puertorriqueños. En México residieron, por ejemplo, Zenea, Martí y Alfredo Torrealba. El colombiano Barba Jacob abandona México a la caída de Porfirio Díaz y se instala sucesivamente en Nueva York, Cuba, Puerto Rico y América Central. Algunos desarrollan su actividad política y cultural en otros centros hispanoamericanos: así sucede con Rafael María Merchán, que se instala en Bogotá en 1874.

Luego del golpe de los Ezeta en El Salvador (1890), Darío pasa a Guatemala, donde actúa en los medios literarios y periodísticos trabando amistad con los jóvenes — Gómez Carrillo, Máximo Soto Hall, etc. — y con literatos hispanoamericanos que allí viven, como el colombiano César Conto. Por el mismo episodio llegan Gavidia y Masferrer. Por entonces está en Guatemala el cubano José J. Palma y el ecuatoriano Federico Proaño, quien muere allí en 1894, luego de pasar parte de su exilio en Lima y Panamá. Cubanos y puertorriqueños, como dijimos, emigraban a Estados Unidos; ya al final del período, también lo hacen los mexicanos, llevados por los avatares revolucionarios. Nueva York cobra una dimensión religadora notable en estos años, generalmente por razones políticas. Vivieron en ella Martí, Hostos, Betances, Enrique Piñeyro, Varona, González Celedón, Manuel Zeno Gandía, Bolet Peraza, etc. A Nueva York llega Darío desde

89 GARRÓN DE DORYAN, V. (comp.). *Joaquín García Monge*. San José: Ministerio de Cultura, 1971, p. 20. Prólogo.

Europa en 1893, rumbo a Buenos Aires. Permanece dos meses, conoce personalmente a Martí y recibe homenajes de los emigrados. En 1899, el encuentro de Ugarte y Blanco Fombona en Boston inicia una larga amistad. Chocano la visita por primera vez en 1909, también como escala de su viaje desde Europa a Cuba; recorre activamente América Latina y Europa, asumiendo un latinoamericanismo grandilocuente, estereotipo en cierta forma de las grandes figuras religadoras de este período, como Martí, Darío o Ugarte. Su vida aventurera se asemeja a otras de entonces — la de Barba Jacob o Vargas Vila. Este último se exilia en Nueva York, en 1891 — funda la revista *Hispanoamérica* — y luego en 1902. En este segundo destierro edita la revista *Némesis* y su diatriba contra Estados Unidos *Ante los bárbaros*.

La presencia de los hispanoamericanos favoreció un contacto más fluido con la literatura y la cultura norteamericana de los países hispanohablantes, gracias a la difusión que de ella hicieron mediante artículos y traducciones. Baste recordar las crónicas de Martí y sus muchos textos sobre autores norteamericanos. Todos ellos generaron una imagen de la modernidad en Estados Unidos, que se sumó a la construida por los mismos años en Europa. Esa imagen de los Estados Unidos tuvo una importante dimensión religadora en el campo simbólico: se conjugó con significaciones diversas, pero la crítica al utilitarismo fue la perspectiva más generalizada; la Nordomanía dio pie a un ataque que alimentó sentimientos de pertenencia, cuyos rasgos se definían según se privilegiara el proceso histórico y cultural de nuestra América o se lo expandiera acentuando los vínculos, ya hispanos, ya latinos. Ella está en la base del arielismo, cuya proyección alcanza a todos los centros hispanoamericanos.

La presencia de intelectuales hispanoamericanos colaboró además en la difusión de la literatura española e hispanoamericana en los Estados Unidos. Algún homenaje a Darío, la publicación de su poesía — también textos de otros escritores — en la prensa periódica, una antología de su obra en ocasión de su muerte por la Poetry Society of America son síntomas de un conocimiento de nuestra literatura que avanza muy lentamente, pero que avanza, como lo evidencia Pedro Henríquez Ureña, cuya actividad religadora en ese sentido es ya significativa — aunque cobrará peso en años posteriores —, en carta a Alfonso Reyes del 9 de mayo de 1916:

> Aquí no se sabe sino que HAY literatura hispanoamericana; pero nadie la ha leído ni piensa leerla, a menos que sepa castellano. En las universidades la están leyendo, en castellano; existen muchas cátedras de literatura hispanoamericana [...]. Harvard está adquiriendo una gran biblioteca hispanoamericana: ya tiene muy completo Chile, creo que por regalo; todos adquieren libros hispanoamericanos.

"Y era bien nuestro Buenos Aires. Lo teníamos todo, en fin."

(Ruben Darío, "Versos de año nuevo")

En esta etapa se destacan algunos centros, en Hispanoamérica y en el extranjero, que actúan como puntos de concentración de las tramas de vínculos que venimos esbozando. Varias ciudades hispanoamericanas se proyectan literaria y culturalmente más allá de sus fronteras nacionales, convirtiéndose en polos religadores. Los grandes diarios, la importancia de sus revistas y de su producción literaria, sus artistas e intelectuales posibilitan la emergencia de México, Santiago de Chile, Caracas[90] y Buenos Aires como ciudades rectoras, centros de expansión que facilitan la interacción mutua — emergencia palpable en lo dicho hasta ahora en este capítulo. Sólo nos detendremos brevemente en Buenos Aires, la Cosmópolis saludada por Darío, la "Meca de los esperanzados", no sólo para los "inmigrantes humildes y tozudos" sino también para los artistas del novecientos, según Luis Alberto Sánchez[91].

El dinamismo modernizador de Buenos Aires, las posibilidades de trabajo intelectual, la proyección de sus grandes diarios, especialmente de *La Nación* — de indudable peso en la difusión de la prosa de Martí, Darío, etc. —, su incipiente pero destacado desarrollo de la industria editorial en el nivel hispanoamericano confluyeron para convertirla en un centro de atracción en el continente y en centro irradiador del modernismo a partir de la presencia de Darío y de la edición de *Prosas profanas* y *Los raros* en 1896. Muchos latinoamericanos la visitan, viven, trabajan y editan sus obras en Buenos Aires en este período. Como a Clorinda Matto, el exilio trae a Carlos Amézaga a Buenos Aires, donde edita *Poemas mexicanos* (1896)[92]. Jorge Miotta vive en Buenos Aires y Montevideo desde 1900, Manuel Beingolea, entre 1902 y 1906, Abelardo Gamarra, en 1908. Son diplomáticos en Buenos Aires, entre otros, Federico Gamboa — allí edita *Apariencias* (1892) e *Impresiones y recuerdos* (1893) y Aluísio Azevedo, quien muere en Buenos Aires en 1913. También se instalaron en la ciudad el panameño

90 Un ejemplo de cómo se percibía y se proyectaba la actividad literaria caraqueña, tomada de *El Cojo Ilustrado*, 1 de marzo de 1899: "Cuando el año último llegaba yo — Eulogio Horta — a la pintoresca capital de Venezuela [...] procedente de la República Dominicana [...] anhelaba vivamente llegase el instante de conocer al grupo de literatos jóvenes que forman en Caracas la vanguardia de las letras, a Manuel Díaz Rodríguez, Gil Fortoul, Picón Febres, Rufino Blanco Fombona [...] la peña que se forma en la librería francesa o en el café La India [...]. Allá en mi patria, en Cuba, ya los periódicos me habían dado a conocer en *obras* al joven cantor de la sierra de Pinzón Rico y Jorge Isaacs. Particularmente Casal, el soñador inolvidable, que me mostraba las cartas fraternalmente afectuosas de Arciniegas [...]".

91 SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Balance y liquidación del novecientos*. 4. ed. Lima: Universo, 1973, p. 48.

92 Amézaga vivió su destierro en Estados Unidos, México, Chile, Uruguay y Argentina.

Darío Herrera (Moen le publica sus *Hojas lejanas* en 1903), Máximo Soto Hall (redactor de *La Prensa*) y Ricardo Jaimes Freyre, uno de los propulsores del modernismo.

En estos años se intensifican las interrelaciones entre Buenos Aires y Montevideo: se recorta ya un área rioplatense, apuntalada por los lazos históricos y culturales del pasado. Muchos uruguayos visitan, viven, trabajan, publican o estrenan sus obras en Buenos Aires — Acevedo Díaz, Javier de Viana, Herrera y Reissig, etc. Los vínculos cobran tal vigor que dificultan a veces el deslinde de pertenencia a un ámbito o a otro, como ocurre con Horacio Quiroga y Florencio Sánchez, incluidos tanto en la literatura uruguaya como en la argentina.

"Y me volví a París. Me volví al enemigo..."

(Rubén Darío, "Epístola a la Sra. de Lugones")

Aunque en 1921 José Gil Fortoul responde positivamente a la encuesta de Hugo Barbagelata sobre la literatura latinoamericana afirmando su existencia, no deja de notar las dificultades reales de comunicación entre textos, lectores y escritores. De allí que cite a París como espacio religador de primer orden[93]. Esta aptitud se reitera en múltiples testimonios: París es lugar de encuentro concreto de muchísimos intelectuales y artistas hispanoamericanos, y lo será durante largos años[94]. Omitiremos enumerarlos; sería más sencillo mencionar a quienes no cumplieron con el consabido viaje a Europa, quienes no visitaron París, meca del arte y la cultura modernos en el mundo de entonces. Algunos, como Gutiérrez Nájera, evidencian el carácter simbólico de espacio estético de la modernidad, en sus ficciones y poemas, y la posibilidad de transformación del discurso literario hispanoamericano — su célebre afirmación del "cruzamiento en

93 "Si bien en la esfera internacional nuestra América es un todo [...] en literatura cada República tiene aún capilla aparte. Y es difícil pasar de una capilla a otra, separadas como están por distancias enormes y terribles desiertos. Para ir de Buenos Aires a Caracas, lo más corto es venir primero a Europa. Para que un escritor paraguayo conozca personalmente a un colega guatemalteco, lo práctico es venirlo a buscar en los bulevares de París" (GIL FORTOUL, J. *Obras completas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1957, v. 7, p. 366).

94 Dice al respecto Alcides Arguedas: "Ese fue el tiempo de las bellas relaciones y de los recuerdos imborrables. Se ensanchó el círculo de mis conocimientos literarios y tuve muchos y buenos amigos. Formamos nuestra peña intelectual con Manuel Ugarte, Blanco Fombona, Francisco García Calderón, Juan Pablo Echagüe, Hugo Barbagelata [...]. Las salas de la Redacción se abren también. Primero en *Mundial*, luego la *Revista de América*, e *Hispania* de Londres, sin contar los muchos periódicos del Continente que solicitan nuestra colaboración" (Apud *Cuba Contemporánea*, 1925, p. 390). En el final de nuestro período ya están en París representantes de las nuevas generaciones. En 1916, por ejemplo, los chilenos Edwards Bello y Vicente Huidobro.

literatura"[95] — que París significaba. Esta adhesión atravesó la polémica sobre la literatura hispanoamericana[96] y el mote de afrancesado o decadente dio pie a la afirmación del derecho a la búsqueda de una originalidad que no descansara en los límites estrechos de lo temático, sino abierta a consonancias más universales y más específicas del discurso literario. París encarna también por antonomasia en la literatura de estos años el lugar conflictivo del artista en la sociedad moderna: será, por una parte, la salida del mundo estrecho de los centros hispanoamericanos —*Ídolos rotos* (1901) de Manuel Díaz Rodríguez — y, por otra, la percepción concreta de la difícil condición del escritor sometido a las manipulaciones del mercado con una intensidad muy ajena a la vivida en América Latina — recuérdense los inumerables textos al respecto de Gómez Carrillo o de Darío[97], entre tantos otros —, difícil condición que se extremaba en el caso de quienes pertenecían a la periferia intelectual que se hacía presente, tímidamente, mezclada en el tráfico urbano con los compatriotas rastacueros, los aventureros o los dictadores exiliados.

La residencia en París contribuía a descubrir o a asumir la condición hispanoamericana[98] y a pensarla en su dimensión literaria:

> Nuestra generación — dice Ugarte — se definió en Iberoamérica pronunciando el nombre de dos ciudades: París, Madrid... Al instalarnos en Madrid (punto de partida) y París (ambiente español) descubrimos dos verdades. Primera, que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura.

95 "El cruzamiento en literatura", publicado en *El Partido Liberal* en 1890 y luego, modificado, en la *Revista Azul* (1894).

96 Rufino Blanco Fombona critica la alienación de la literatura hispanoamericana en la imitación de lo extranjero al tiempo que promueve la vuelta a lo criollo. Es una de las figuras más relevantes de la discusión entre cosmopolitismo y americanismo en este período. En *Diario de mi vida* (1912) afirma: "Veo en París argentinos, chilenos, brasileños, colombianos, venezolanos, gente de toda América, orgullosos unos de su dinero, otros de su talento y otros de su país; ¡qué lástima me dan y qué desprecio me inspiran! ¿No dejarán nunca de ser colonos? Los pueblos americanos han podido fundar una cultura propia, deliberadamente diferenciada. Aún sería tiempo. Pero nadie desea la originalidad, sino la imitación: continuar a Europa, simularla, simiarla. El mono es animal del Nuevo Mundo. Haremos con la cultura lo que hizo con la navaja el orangután que vio afeitarse a un hombre: nos degollaremos" (Apud GALASSO, Norberto. *Rufino Blanco Fombona*. Buenos Aires: El Cid, 1977, p. 230).

97 Entre los textos darianos al respecto uno de los más interesantes es "La vida intelectual", publicado en *La Nación* del 31 de octubre de 1901 y recogido en BARCIA, Pedro L. *Escritos dispersos de Rubén Darío*. La Plata: Facultad de Humanidades, 1968.

98 La actividad, y las obras, de Francisco García Calderón son un ejemplo de ello; véase *Las democracias latinas de América. La creación de un continente*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979. Distintos hechos movilizan también a los hispanoamericanos a encarar como tales una tarea de conjunto. P. C. Dominici relata la formación de la unión de jóvenes hispanoamericanos "para fundar una Asociación que laborase por la emancipación de Cuba" — la Sociedad Patriótica Cuba Libre — en 1896 (véase *Tronos vacantes*. Buenos Aires: La Facultad, 1924, p. 132). Francisco Contreras funda en 1914, ya iniciada la guerra, la Ligue des Pays Neutres, con otros escritores de América y España: Ruy Barbosa, Unamuno, V. García Calderón.

Segunda, que, individualmente, pertenecíamos a Iberoamérica desde Europa en forma panorámica[99].

Suerte de lugar de sutura de los hiatos entre las literaturas nacionales hispanoamericanas y la europea, favoreciendo una apropiación del arte y literatura que disuelve el aislamiento y la asincronía, París posibilita el contacto con los nuevos libros y las nuevas propuestas estéticas, que los hispanoamericanos que allí residen difunden en América a través de sus crónicas y artículos en la prensa del continente. Es ésta una profusa labor religadora no sólo en lo que hace al conocimiento de los hispanoamericanos entre sí, sino en cuanto a dar bases para la recepción contemporánea de lo producido al otro lado del océano. Este aporte, por otra parte, se extiende también a España[100]. En París esperan alcanzar una proyección más amplia de sus textos, sea europea o hispanoamericana, e insertarse en un marco que superara las posibilidades, a menudo estrechas, del nacional. Hay allí mayores facilidades para acceder a la edición en español y aún a la traducción[101], ya que el idioma es una valla difícil de franquear y es acaso el interés por nuestra literatura en el viejo continente[102]. Algunos críticos franceses se ocupan sin embargo de la producción latinoamericana — Louis Bonafux, Rémy de Gourmont — y *Le Mercure de France* destina desde su fundación (1890) una sección fija a las "Lettres Hispanoaméricaines", redactada por Pedro E. Coll (1897-1898), Díaz Romero y Francisco Contreras (1910-1933). Desde París los hispanoamericanos editan varias revistas encaradas como proyectos y proyecciones de la literatura y la cultura continental: *Mundial Magazine* (1911-1914), dirigida por Darío, la *Revista de América* (1912-1914) de Francisco García Calderón y la *Revue Sud-Américaine* bajo la dirección de Lugones.

Si bien resulta innegable la importancia de París como polo de religación extracontinental, creemos que es necesario insistir en la relevancia de España en

99 *Escritores iberoamericanos de 1900*. Santiago de Chile: Orbe, 1943, p. 24-5 y 258.

100 Además de la repercusión de los artículos que continuamente se editaron en España enviados desde París por hispanoamericanos, vale la pena atender al impacto de la segunda edición de *Los raros* (1905): "Nos daba también *Los raros* un índice de las lecturas recientes de Darío y un atisbo de sus afinidades espirituales. Acatando al maestro, encontrábamos sus caminos de formación, y muchos se lanzaban a explorarlos. De este modo, la influencia de Rubén Darío llevaba a las letras de España no sólo un aliento de América, sino amplias perspectivas universales" (DÍEZ-CANEDO, E. Rubén Darío, J. R. Jiménez y los comienzos del modernismo en España. In: LITVAK, Lily. *El modernismo*. Madrid: Taurus, 1975, p. 223.)

101 *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, premiada por el Congreso Internacional de París en 1895, es un ejemplo. Se la traduce al francés, alemán, inglés e italiano. Francisco García Calderón, luego de editar *Le Pérou contemporain* (1907), obtiene notable repercusión con *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912), publicada en la biblioteca dirigida por Le Bon con prólogo de Poincaré. Se la traduce al inglés y al alemán.

102 Son frecuentes afirmaciones de esta índole en Darío: "Jamás será inútil insistir respecto a la asombrosa ignorancia francesa en nuestras costumbres, sociabilidad, intelectualidad, sobre todo lo nuestro" (Apud BARCIA, Pedro L., op. cit., v. 2, p. 201).

este aspecto, en función de que en ella se estrechan relaciones y reconocimientos mutuos de una envergadura inédita luego de la independencia americana.

"De un ultramar de sol, nos trae el oro de su aliento divino"

(A. Machado, "Al maestro Rubén Darío")

El aislamiento entre España e Hispanoamérica se había ido quebrando, lenta y precariamente, con la renuncia a las pretensiones de reconquista (1866)[103]. Pero complicaron el restablecimiento de relaciones la guerra en Cuba y Puerto Rico, además de otros episodios bélicos. Muy excepcionalmente la guerra en el Caribe halló comprensión entre los intelectuales españoles en tanto obtenía la amplia adhesión de los hispanoamericanos. Cooperó también al desentendimiento la preeminencia del ideario liberal entre los más destacados letrados hispanoamericanos, quienes rechazaron el pasado colonial y los aportes que pudieran provenir de una España atrasada. Puntos de divergencia fueron además la cuestión del idioma y de la pretendida preponderancia de la cultura española en América, difícil de admitir dada la convicción hispanoamericana de que la independencia política implicaba la literaria y cultural[104]. La desautorización de regionalismos, voces populares y neologismos americanos en nombre de la norma castiza prevaleció en España. El riesgo de la fragmentación lingüística, temido luego del desmembramiento colonial, vuelve a sentirse amenazante hacia fines de siglo a causa de la inmigración extranjera en América del Sur, entre otras razones[105]. La tenacidad en el planteo casticista puede ilustrar también la percepción de cambios respecto de una centralidad española difícil de sostener y que entrañaba la pretensión de una hegemonía lingüística y cultural en América. La negación de aportes ajenos a su

103 Véase al respecto RAMA, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

104 Algunas voces se levantaron en apoyo de ese derecho, como la de Miguel de Unamuno, cuyo interés por la literatura hispanoamericana fue siempre notable. Afirma al comentar las quejas de Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*: "me parecen dañosísimos y disparatados los pujos del magisterio literario respecto de América, [...] el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura" (Apud PERALTA, J. La preocupación americana en Miguel de Unamuno. *Atenea*, Santiago de Chile, 46, p. 110, 1964).

105 La Real Academia Española lo destaca en los fundamentos de creación de las academias correspondientes americanas — impulsada desde los años 1870 —, aunque las mismas poco ayudaron a zanjar los desacuerdos. Pesó a menudo la designación de ultramontanos, que provocó la reacción de los hispanoamericanos, entre ellas la de Gutiérrez Nájera ("La Academia Mexicana", cuatro artículos sucesivos en *La Libertad* en 1884, recogidos en *Obra crítica*, cit.). Incidieron además el rechazo del nombramiento del argentino Juan M. Gutiérrez, la no aceptación del ingreso de Montalvo, la actitud frente a las propuestas de americanismos de Palma, etc.

cultura, especialmente de las culturas indígenas, será constante en historiadores y críticos al tratar la cuestión de la originalidad de la literatura hispanoamericana. Atento al desarrollo económico de Hispanoamérica, a los intereses que evidencia la concepción panlatina francesa y al avance de los Estados Unidos, el gobierno español procura estrechar lazos con las antiguas colonias apelando a la unidad de lengua, raza y cultura. La pérdida de Cuba y Puerto Rico promueve el acercamiento de los hispanoamericanos e influye en una visión más positiva de sus fundamentos. España tiende a quebrar la desinformación respecto de Hispanoamérica mediante instituciones y publicaciones fundadas para ese fin[106]. La Unión Iberoamericana organiza los festejos del Cuarto Centenario del Descubrimiento, evento que favorece el encuentro de intelectuales, investigadores y hombres de letras en reuniones y visitas a diversas ciudades, dictado de conferencias y edición de documentos. Entre los hispanoamericanos están presentes Palma, Darío, Zorrilla de San Martín, Riva Palacio, etc. También importa en este sentido la concreción del Congreso Iberoamericano, reunido en Madrid en 1900, al que asisten representantes de casi todos los países, incluido Brasil. En este marco la Real Academia Española encarga a Menéndez y Pelayo la *Antología de poetas hispanoamericanos*, editada entre 1893 y 1895; su autor completará la obra con la *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911-1913).

En buena medida, aumenta el intercambio bibliográfico[107]. Hacia fines de siglo se incrementa la presencia de libros de procedencia española en Hispanoamérica, donde se instalan agencias de las casas editoras más importantes — Gili, Salvat, Sopena, Muntaner[108]. Aunque con dificultad, aumenta también la edición — a menudo la reedición de obras de éxito — de autores hispanoamericanos en España.

El mutuo conocimiento entre el ámbito literario hispanoamericano y español se activa sobre todo por los contactos personales, por la correspondencia (lo evidencia el intercambio fluido de Cejador y Frauca, Menéndez y Pelayo, Unamuno, etc.), por las colaboraciones de los españoles en prensa periódica americana (Rueda, Castelar, Unamuno, etc.) y de los hispanoamericanos en la de la península (M. A. Pardo, Nervo, Darío, Gómez Carrillo, etc.). Lentamente comienza a

106 Se publican *La Revista Española de Ambos Mundos* (1853), la *Revista de Crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana* (1895), dirigida por Ramiro de Maeztu, y otras. En 1883 se funda la Unión Iberoamericana, que edita la revista del mismo nombre.

107 Escribe Armando Donoso a Julio Cejador: "Sus libros son muy buscados en Chile, aunque no se venden como sería de desear porque estos terribles libreros de acá y esos feroces editores de allá son dos negaciones del buen comerciante [...]. Si usted supiera que los libreros franceses envían acá sus agentes viajeros [...] cada tres o cuatro meses y que cada cual se lleva buenos miles de francos en pedidos, se explicaría cuánto pierden sus compatriotas dejando que extraños le arrebaten un mercado que podía ser exclusivamente de ellos: hará fortuna y grandísima, en poco tiempo, con sus ventas por estos lados, pues acá el público lee, lee mucho" (CEJADOR Y FRAUCA, J. *Epistolario de escritores hispanoamericanos*. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional, s.f., p. 110).

108 Véanse al respecto las observaciones de Juan Valera en *Obras completas*. 3. ed. Madrid: Aguilar, 1958, especialmente p. 470.

modificarse la convicción de que la literatura hispanoamericana es mero reflejo de la española, pues a la crítica prejuiciosa y recalcitrante de Valbuena, Fray Candil o Clarín se oponen con nuevo interés y actitud más equilibrada otras voces, entre las que se destacan las *Cartas americanas* de Juan Valera en *El Imparcial* desde 1888, en donde se ocupa de Obligado, Pombo, Roa Bárcena, Darío, Mera, Palma, etc.[109]

Por estos años hay una significativa presencia de hispanoamericanos en Madrid y Barcelona especialmente. Es larga la lista de quienes visitan o se afincan en España, muchas veces al amparo del cargo diplomático: Casal, Miguel Cané, Riva Palacio, Altamirano, Nervo, Payno, C. M. Ocantos, Juan de Dios Peza, Antonio Gómez Restrepo, Carlos Reyles, Francisco de Icaza, etc. En general son bien acogidos en el medio cultural español. Esta presencia favorece la difusión y la edición de sus obras que, muchas veces, obtienen una recepción calurosa, un rápido éxito. Podríamos citar como ejemplo el renombre de José Santos Chocano, avalado a principios de siglo por la edición de *Alma América*, con prólogo de Unamuno e ilustraciones de Juan Gris; *Tabaré* de Zorrilla de San Martín y, sobre todo, *Ariel* de Rodó con la edición de 1900[110]. Además, un número no desdeñable de obras recuperan la tradición y el interés por España, cierto sentimiento de pertenencia y destino común, presentes no sólo en ese libro señero, *Cantos de vida y esperanza* (1905) de Darío, sino en muy diversos ensayos y novelas: *La gloria de Don Ramiro* de Larreta, *El embrujo de Sevilla* de Reyles o *El solar de la raza* de Gálvez. Todavía un prólogo con firma española prestigiosa sigue siendo un modo de consagración para los hispanoamericanos, como lo es el éxito y el reconocimiento en España misma, que la actuación en sus ámbitos literarios sin duda favorecía. Ello explica en parte la difusión tardía o escasa de algunos escritores, como José A. Silva o Gutiérrez Nájera, entre muchos otros.

Pero es sobre todo con el modernismo hispanoamericano en España, desde una posición independiente y sostenida por un grupo suficientemente numeroso, que comienzan a tramarse relaciones e interinfluencias literarias de significativa proporción por vez primera. Un hito al respecto es el arribo de Darío a Barcelona en 1899, para iniciar su segunda estadía europea por largos quince años y la etapa culminante de su consagración. Se vienen publicando poemas suyos en las revistas españolas desde 1890; ya ha visitado España en 1892; a partir de ahora se editan y reeditan varias de sus obras más importantes, aparecen continuamente poemas y textos críticos suyos, y sobre su obra, en la prensa española, hechos todos que apoyan un liderazgo en el interior del campo intelectual español que incluye a toda una generación de hispanoamericanos. Numerosas voces españolas confirman esta

109 Importan también sus *Cartas* a la *Revista Ilustrada* de Nueva York en 1891, sobre el movimiento intelectual español, pues incluye el hispanoamericano.

110 En 1926 se habían publicado en España 18 ediciones de *Ariel*.

"influencia de retorno" y apertura[111]. A regañadientes entre los puristas y tradicionalistas, y con entusiasmo entre los jóvenes[112], los literatos españoles empiezan a comprender que compartían su primacía con otros centros hispanoparlantes y que se estaba produciendo una transformación rotunda en el discurso literario en español, difícil de explicar si no se introducía, por lo menos, la figura de Darío, quien tan claro veía que "aun en lo intelectual, aun en la especialidad de la literatura, el sablazo de San Martín desencuadernó un poco el diccionario, rompió un poco la gramática".

El fantasma del afrancesamiento, de la pérdida del purismo por obra de decadentes desarraigados impulsa la sátira y el rechazo de la nueva sensibilidad y del nuevo espíritu que la estética modernista traía en esos hispanoamericanos cosmopolitas que se unían a los nuevos poetas de Madrid o Barcelona para intercambiar lecturas y textos, para fundar revistas, para enfrentar la polémica. En la última década del siglo van ganando espacio. Publican y colaboran en la *Revista Nueva*, *La Vida Literaria* y fundan *Helios* y *El Renacimiento*, específicamente modernistas. Rueda, Villaespesa, Valle Inclán, Benavente, Juan Ramón y los Machado junto a Darío, Nervo o Gómez Carrillo comparten la defensa de los nuevos presupuestos estéticos — más allá de las diferencias personales o los cambios en su literatura — frente a las reacciones de Clarín, Baroja, Unamuno o los críticos antes citados, ante las sátiras de *Madrid Cómico* y otras revistas. Darío sin dudas — y otros hispanoamericanos como Gómez Carrillo o el primer Ugarte — daba tela para el ataque y la mirada prejuiciosa. Llegaba de esa Buenos Aires cosmopolita, donde había publicado *Prosas profanas*, cuyas "Palabras liminares" adquirían otro sentido en España, con su alarde de un espíritu demasiado subyugado por lo francés — "el abuelo español..." — y admirador del pasado precolombino — "Si hay poesía en nuestra América [...] está en Palenque y Utatlán". Veían al indio aflorar en su fisonomía: lo testimonian Juan Valera, Juan Ramón y el conocido exabrupto de Unamuno, tan difícil de reparar aun después de las reinterpretaciones que intentara y que, en verdad, ponen de manifiesto la rivalidad por estéticas diferentes y por la centralidad en el campo literario español, como lo confirman Juan Ramón y diversos especialistas en Unamuno.

111 Afirma Benavente: "Todos sus admiradores [de Darío] sentimos fuertemente que la lírica de nuestro idioma no es ya la misma desde que la sacudió la mano fuerte del poeta americano" (Apud ASHHURST, Anna W. *La literatura hispanoamericana en la crítica española*. Madrid: Gredos, 1980, p. 312). Y Azorín: "¿Le queda alguna duda hoy a alguien de que Rubén Darío domina en la poesía española y de que, en mayor o menor grado, la modalidad de Rubén ha influido en todos nuestros poetas?" (In: —. *Pintar como querer*. Madrid, 1954, p. 128-9).

112 "Antes de salir yo para Madrid (1900), Villaespesa me había mandado un montón de revistas hispanoamericanas. En ellas encontré por vez primera alguno de los nombres de aquellos poetas distintos, que habían aparecido, como astros de primera magnitud, por los países fascinadores para mí desde niño, de la América Española: Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal, José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera, Leopoldo Lugones [...] ¿otros?, y siempre Rubén Darío, Rubén Darío, Rubén Darío" (JIMÉNEZ, J. R. *El modernismo poético en España e Hispanoamérica*. Apud FOGELQUIST, D. F. *Españoles de América y americanos de España*. Madrid: Gredos, 1968, p. 251).

Hacia 1900 el triunfo es un hecho y los escritores hispanoamericanos alcanzan una difusión y un peso en el campo literario español totalmente nuevo. Circulan los textos de Icaza, Chocano, Díaz Rodríguez, Díaz Mirón, Vargas Vila y muchos otros, más allá de las dificultades en la recepción de algunos otros, entre los que se destaca José Martí, quien, sin embargo, ha dejado huella visible en la poesía de Unamuno y de Antonio Machado.

El modernismo entrañó una revisión recuperadora de la tradición poética española, que por primera vez alcanzaba tal libertad y envergadura. La renovación del discurso poético realizada por el modernismo — similar a la operada por Garcilaso — encontró en la reinmersión en el pasado político hispano, a partir de un proyecto propio, hispanoamericano, una de sus fuentes más importantes.

Palabras finales

La religación intenta diseñar, como hemos dicho, el continuo tramado de textos, autores y lecturas que configuran el proceso literario latinoamericano. Desde esta perspectiva podríamos decir que la etapa considerada constituye un verdadero momento de fundación de la literatura hispanoamericana. Los cambios cualitativos que acarreó la modernidad, ya revisados someramente, posibilitaron el surgimiento de una constelación de escritores-artistas y de intelectuales, de un sólido cuerpo de textos, cuya circulación e intercambio hacían viables las nuevas comunicaciones. Lentamente y con dificultad se iban relegando el aislamiento y la asincronía, esa relación que casi siempre se visualiza respecto de la literatura europea, pero cuya presencia en el interior de América Latina misma amenazaba circunscribir la actividad del mundo letrado a meras coincidencias, a falsas sumas de las diferentes literaturas nacionales.

Los continuos desplazamientos de escritores, la activa correspondencia, la prensa periódica o las revistas especializadas, las nuevas instituciones — como hemos visto — aseguraron un espacio de libertad para la producción en los distintos centros que, en buena medida, descansaba en una afiliación de fuertes lazos, de solidaridades, cuyo único elemento filiador fue la reiterada afirmación de pertenencia hispanoamericana. "No quisiera que me llamasen escritor de Venezuela, sino escritor de América" es una frase de Rufino Blanco Fombona[113] que asumiría la mayoría de los escritores de este período. Las crisis de la colocación del letrado, el sentimiento de asfixia en un medio cultural muchas

113 BLANCO FOMBONA, Rufino. *Letras y letrados de Hispanoamérica*. París: Librería P. Ollendorff, 1908, p. iv. Poco más adelante reconoce el poder de intercomunicación hispanoamericana de la literatura: "En casi todas las capitales americanas sábese más, por lo común, en orden a cuestiones de literatura, respecto de los otros pueblos del continente, que en punto a política, vida económica y demás aspectos interiores de cada República" (p. v).

veces precario y parroquiano — "Quizás contribuyó a hacernos continentales la resistencia que hallábamos en la república en que habíamos nacido"[114] — buscaron soporte y aval en el diálogo y la intercomunicación activa, que acortaban distancias y permitían también la percepción de lo común en las diversas experiencias nacionales. Más allá de las diferencias personales o ideológico-estéticas se percibe un mancomunado esfuerzo de creación de una literatura, de una escritura latinoamericana que se recorte a nivel universal por la madurez de su instrumento[115]. La conciencia de este ideal, asumido militantemente, y de sus conflictos y limitaciones da pie a un nutrido número de libros y artículos conceptuales[116], de promoción y difusión, entre los que se encuentran *El pensamiento de América* (1898) de Luis Berisso, *La joven literatura hispanoamericana* (1905) y *Las nuevas tendencias literarias* (1908) de Ugarte, los artículos de Martí, Darío, Gómez Carrillo, etc., *Letras y letrados de Hispanoamérica* (1908) de Blanco Fombona o los *Ensayos críticos* (1905) de Pedro Henríquez Ureña, que incluye sus ensayos sobre Rodó y Hostos, con los que comienza a perfilar los "maestros" de nuestra expresión, y el inicio de sus investigaciones sobre literatura colonial hispanoamericana o sobre versificación; al cierre del período, el dictado de cursos en español sobre literatura española e hispanoamericana en las universidades de los Estados Unidos. En 1907[117] señalaba la falta de una mirada crítica totalizadora, tarea que las nuevas generaciones empezaban a llevar a cabo, en momentos en que la edición y reedición de obras — como ya hemos dicho — facilitaban el acceso a un reservorio que cobraba carácter de legado. Es cierto que sobre todo entre los modernistas prevaleció una actitud exigente y cuestionadora frente a ese legado, que incrementó el sentimiento de vacío y el ímpetu de futuridad que atraviesan sus textos, a la vez que consolidó la dimensión fundadora otorgada a sus obras, esa común empresa que apuntalaron con prólogos, comentarios y críticas auspiciadores de su circulación y difusión. Se iba conformando así en los distintos centros un ámbito cultural más amplio y complejo, en el que se cruzaban perspectivas diferentes a nivel

114 *Escritores iberoamericanos de 1900*. Santiago de Chile: Orbe, 1942, p. 259. En la página anterior destaca el proyecto compartido de echar las bases espirituales de la unión hispanoamericana: "una filiación, un parecido, un propósito nos identificaba. Más que el idioma, influía la situación. Y más que la situación la voluntad de dar forma en el reino del espíritu a lo que corrientemente designábamos con el nombre de Patria Grande".

115 Dice Darío en su artículo crítico a *El pensamiento de América* de Berisso: "No hay que desperar de un porvenir no muy distante en que Europa descubra el pensamiento latinoamericano y no como una rara cacatúa, o un extraño ananás, un vaso de pulque o un caimán guayaquileño" (In: *El Cojo Ilustrado*, p. 94, 1 feb. 1899).

116 La primera visión de conjunto de nuestra literatura corresponde a la ponencia sobre "La literatura de la América Latina", de Torres Caicedo, presentada en el Segundo Congreso Internacional de Literatura en Londres en 1897.

117 En la nota crítica que hace en la *Revista Moderna de México* (7, 1907) a *Escritores iberoamericanos de 1900* de Ugarte, Pedro Henríquez Ureña expresa: "Recién ahora comienzan la crítica y la historia a recoger, ordenar y clasificar nuestra producción intelectual".

continental y sobre la literatura del continente tanto del pasado como de ese presente. Algunos textos del pasado lograban una lectura generalizada y en distintos públicos; empezaban a asumirse como modelos, como ocurre con *María* de Jorge Isaacs[118]. Pero son especialmente las obras contemporáneas las que ya rivalizan y desplazan a los modelos extranjeros en los primeros años del nuevo siglo, generando relaciones intertextuales totalmente inéditas por su dimensión. Ya las hemos citado muchas veces para insistir ahora, aunque seguramente coincidiríamos en reconocer en Darío la figura de ese poeta padre — prácticamente única por su recepción en toda Hispanoamérica —, punto de partida y fundamento de la poesía de este siglo, a la que deberán enfrentarse los futuros poetas fuertes, en el sentido de Bloom[119], del continente.

La tarea asumida en común y entendida como "la formación definitiva de una literatura genuinamente americana, la realización plena de *monroísmo* literario", que formula Nervo en carta a Ricardo Palma[120], iba acompañada por una reflexión de envergadura semejante en el plano del pensamiento. Intelectuales con la misma perspectiva totalizadora, mencionados ya muchas veces — Martí, Rodó, Blanco Fombona, García Calderón, y también Sanín Cano, Hugo Barbagelatta, Alfonso Reyes, etc. —, expresaban la convicción de estar creando no sólo una literatura sino la conciencia misma del continente:

> Otros forjaron la nacionalidad geográfica, otros nos dieron nuestros límites, otros prestaron forma material al anhelo confuso de vivir que trabajaba a las antiguas colonias; pero la verdadera patria moral, la verdadera mentalidad activa, la que amalgama, la que se difunde, la que concilia voluntades, esa la hemos creado nosotros[121].

Estas palabras de Ugarte exponen sin dudas una convicción compartida que movilizó el quehacer de un número significativo de intelectuales hacia la concreción de la utopía aún presente: la unidad latinoamericana. La acción imperialista de los Estados Unidos multiplicó la prédica de Ugarte, iniciada a principios de siglo en innumerables artículos, discursos y libros, en sus famosas giras americanas (1911-1913) en las que las muchedumbres escuchaban su mensaje impulsando la unificación latinoamericana y la lucha por una segunda independencia. Ugarte es también ejemplo de la preocupación por dar a las propuestas universales políticas y sociales, en su caso el socialismo, un encuadre nacional y americano. Su meta, la Patria Grande, recogía la lección de Martí y se reavivaba en la Magna

118 El peso de la lectura de María se advierte en muchas novelas de esta época — las de Rafael Delgado, por ejemplo. Es además una lectura frecuente de las heroínas, como sucede en *La maestra normal* de Manuel Gálvez. Isaacs le comenta a Justo Sierra, en carta de 1889, que por entonces se han hecho 14 ediciones en México y que superan las 25 las publicadas en el resto de Hispanoamérica.

119 Bloom, Harold. *La angustia de las influencias*. Caracas: Monte Ávila, 1973.

120 Palma, Ricardo. *Epistolario*, cit., p. 320.

121 Ugarte, Manuel. *La joven literatura hispanoamericana*. París: A. Colin, 1906. p. xliv.

Patria de Pedro Henríquez Ureña, expuesta en textos que se concretan ya finalizado nuestro período, en la década del 20, especialmente en "El descontento y la promesa".

Estos últimos rasgos peculiarizan y sobre todo dan sentido a las interrelaciones de la etapa. Momento de religación múltiple y productiva, en el que el mundo letrado latinoamericano fue anudando su condición, su experiencia cultural, como obedeciendo de antemano a la apelación de Alfonso Reyes en Río de Janeiro en 1932:

> Relacionad, pues, a nuestros hombres de pensamiento unos con otros. Sed ingeniosos e incansables; discurrid medios para crear los vasos comunicantes; labor de prensa, correspondencia, obligación de cambiar libros a través de organismos adecuados, exposiciones de arte, conciertos, viajes de profesores y estudiantes, congresos de escritores, sistemas de investigación paralela! Qué sé yo![122]

Bibliografía de base

CARTER, Boyd G. *Las revistas literarias de Hispanoamérica*. México: Studium, 1959.

FOGELQUIST, D. F. *Españoles de América y americanos de España*. Madrid: Gredos, 1968.

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. *Modernismo*. Barcelona: Montesinos, 1983.

PIZARRO, Ana (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: CEAL, 1985.

RAMA, Ángel. *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: EBUC, 1970.

——. *La ciudad letrada*. Nueva York: Ediciones del Norte, 1981.

——. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación A. Rama, 1986.

ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1976.

SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Balance y liquidación del Novecientos*. 4. ed. Lima, 1973.

ZEA, Leopoldo (comp.). *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI, 1986.

122 REYES, A. Última tule. In: —. *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959, v. 11, p. 70.

Brasil

A encruzilhada do fim do século

Antonio Dimas

Brasil. Professor de Literatura Brasileira na Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo. Obras principais: *Tempos eufóricos* (Análise de *Kosmos*: 1904-1909); *Romance e espaço*; *Aluísio Azevedo* e *Gregório de Matos* (antologias).